

## CUBA I PUERTO RICO

### BORINQUEN

#### I

La isla de Puerto-Rico, así llamada por ser bueno el puerto de la que hoi es su capital (1) o por hallarse en él arenas de oro (2) o por abundar en ese metal toda la Isla (3), se llamaba *Borinquen* en el tiempo feliz en que, no teniendo nombre para el mundo, merecia el dulcísimo de *patria* para sus felices pobladores, los indios mas belicosos i mas hospitalarios, mas benévolos i mas incrédulos que encontraron los españoles en el archipiélago.

La descubrió Colon en su segundo viaje (4). Venia de las Caribes (Islas Vírgenes, Martinica, Guadalupe) en donde no habia tenido la reverente acogida que Cuba i Haití le habian hecho en su primer viaje, un año ántes, i de todo se asombró al llegar a la que entónces era i pudo creer una de las afortunadas i es hoi la mas triste de las infortunadas. Asombróse de la espesura de sus bosques, de la portentosa elevacion de sus árboles, del dulcísimo ritmo de sus corrientes, sus pájaros i sus brisas saludables; de la belleza, la elegancia i el bienestar que respiraba la abandonada poblacion que en el oeste de la Isla visitó.

Si el magnánimo varon hubiera obedecido a su deseo i se hubiera

(1) Canónigo Torres Vargas, escritor puerto-riqueño del siglo XVIII.

(2) Descripción de Puerto-Rico en 1582 por el presbítero Ponce de Leon i el bachiller Santa Clara.

(3) Viaje de Colon, por W. Irving.

(4) Id. por Frai Iñigo Abad, historiador de Puerto-Rico i dicen que fué en 1493.—Cuba i Haití fueron descubiertos en el primer viaje, 1492.

detenido en aquel oasis i hubiera preferido la felicidad a la gloria, el triunfo de su corazon al de su ciencia, la estabilidad en la delicia al progreso en la historia de los hombres, talvez se hubiera diferido el martirio de la Isla; pero estaba, como todos los magnánimos, condenado a hacer el bien de los malos, aun a costa del mal de los buenos, i no se detuvo: el historiador de Puerto-Rico dice por qué en estas palabras de su libro: «La perspectiva de este pueblo de indios (1), formado con un orden i disposicion tan nuevo para los españoles, igualmente que la pasmosa frondosidad de las costas de la Isla, poblada de tanta variedad de árboles, cuya magnitud i diferencias no solo excedian a los que habian visto en Europa, sino a las mas lisonjeras ideas que tenian formadas de los nuevos descubrimientos, estimulaban a los pasajeros a saltar en tierra; pero el retiro de los isleños, que habian huido a los bosques, los resolvió a levarse el 22 de noviembre.»

Pasó el bueno, i la Isla vivió algunos años mas en la feliz ignorancia del riesgo que corria su inocencia, hasta que un dia, asomado Juan Ponce de Leon a los miradores naturales de Higüey, la comarca mas oriental de Haití, descubrió en el límite visible de su horizonte una tierra encantadora. Era la costa occidental de Borinquen, separada por el estrecho canal de Amona de su hermana la española. Una tierra tan bella tenia forzosamente que ser rica. I en cuanto el rudo soldado hizo la deducción, se propuso descubrir (ignoraba que Colon la hubiera descubierto), reconocer i conquistar la incitante Isla.

Poblábanla entónces 200,000 indíjenas, acostumbrados a batallar con sus sanguinarios vecinos los caribes, pero educados en aquella moderacion virtuosa que caracteriza la fuerza verdadera i que es la espresion del único valor digno del hombre: del valor tranquilo.

No temian, no desconfiaban, i cuando Juan Ponce de Leon se presentó en la Isla, el cacique superior de ella, *Agueybauá*, lo recibió de paz: los españoles paseaban toda la Isla, i quedaron encantados de ella, de la bondad de sus hospitalarios moradores i de las arenas de oro que arrastraban pródigamente las corrientes de los rios.

Les habia hecho un bien; era necesario que aquellos monstruos de codicia lo indemnizaran con un mal, que se despidieran como hermanos i volvieran como enemigos. Pero los borinqueños o borincanos eran tan fáciles de indignacion como son todas las almas esforzadas i así

---

(1) Herrera, Iñigo Abad i W. Irving refieren que Colon desembarcó en un puerto al oeste de la Isla, en donde halló una bellísima poblacion indígena.—No se sabe si fué Mayagüez, Aguadilla o Aguada.

como acojieron fraternalmente a los peregrinos, así rechazaron a los usurpadores. Hubo lucha, hubo matanza de indios, hubo perros adiestrados, hubo atrocidades españolas. Aquellos malditos eran inmortales. El indíjena sencillo lo creyó, i se resignó, i se dejó encadenar a la mita, a la encomienda, al trabajo bestial que le imponían. Cuando desesperaba, pensaba que el tirano era inmortal, i maldiciendo la inmortalidad de los malvados, bendecía su propia mortalidad, i se mataba.

Mi espíritu ha debido vivir en aquel tiempo negro, porque yo, que no he conseguido odiar a los españoles, que he matado mis pasiones para solo llevar a la contienda la alta razon de la justicia, yo no puedo pensar en el primer momento de la conquista, sin odiar con frenesí, con deleite, con unción, a aquellos monstruos de ingratitude i de injusticia. Hoi mismo, cuando, imperturbable e impasible en mi designio, como los Andes lo están en su cimiento, encubro, como ellos, el fuego latente en las entrañas con la nieve aparente en la superficie, —si quiero que los Andes se conmuevan, si quiero sentir las erupciones volcánicas del odio, derretir la nieve de mi fé matemática en el destino de mi patria i en el mio con el incendio de las pasiones que mi conciencia i mi razon han sofocado, me traslado mentalmente a aquella época, leo la historia de la conquista en cualquiera parte de América, i la sed de justicia me devora i el hambre de venganza me exaspera, i me siento Bayoan, Caonabo, Hatuey, Huatimocin, Atahualpa, Colocolo.

De todos estos personificadores del sublime rencor de la justicia, el primero era borinqueño, como yo. Dudaba, como yo. Yo dudo de la inmortalidad de España en las Antillas: él dudó de la inmortalidad del español. Seguro del alzamiento que anhelaba, si conseguia probar que eran mortales como ellos sus tiranos, esperó tranquilamente la ocasion de la prueba. Supo que un español jóven, Salcedo, debia pasar de Yagüeca, su comarca, a la del vecino cacique Mayagoer, i apostó a la orilla del Guarabo, que el español habia de vadear, a unos cuantos de los suyos. Les ordenó que al pasar Salcedo se ofrecieran a llevarlo en hombros i que al llegar al medio del rio, lo arrojaran en él. Fué obedecido, i cuando Bayoan, tres dias despues, fué a contemplar el muerto, aun estaban los suyos temiendo que resucitara el muerto. Bayoan no creia en milagros (que hubiera sido creer en españoles) i se sonrió i se alejó.

Al dia siguiente estallaron algunas venganzas personales, i a los pocos dias estalló uno de los alzamientos mas violentos, mas tenaces, mas heróicos, que han tenido que sofocar los españoles.

## II

Lo sofocaron. I cuando todos los héroes hubieron desaparecido en el campo de batalla, en la emigracion o en el suicidio, los españoles se pusieron a contemplar su conquista.

Era una Isla deleitosa. Tenia 322 leguas marítimas cuadradas de superficie (1), 30 de lonjitud, 10 de ancho; forma de polígono irregular; dos magníficas cadenas de montañas (Luquillo i Cayey); espaciosa ensenada (Guánica, Jobos, Fajardo, San Juan); centenares de corrientes cristalinas, rios caudalosos, cascadas pintorescas, encantadores accidentes de terreno, umbrosas florestas dondequiera, templos vejetales en las selvas que conservan su eterno altar al Dios desconocido, pájaros de vario plumaje i vario canto, que insultaban el duelo de la isla, flores perennes, frutas deliciosas, eterna i universal fecundidad; vario clima, estío fertilizante en la costa, primavera inmortal en la montaña; la luz filtrándose sobre ésta, al traves de perpétuos nubarrones; derramándose a torrentes sobre las risueñas llanuras de la costa.

De los 200,000 borinqueños (2) que la poblaban, no quedaba uno solo en 1513. Solo hacia cinco años que Ponce de Leon habia conquistado la Isla. Los indios que en ella se encontraban en 1529, último momento de la raza pura en Puerto-Rico, eran de las Islas vecinas. Los habian esterminado el hierro, el trabajo, la sevicia, la crueldad.

Los españoles se repartieron el botin. Eran pocos, i todos fueron propietarios; propietarios de inmensas estensiones de terreno que les era absolutamente imposible cultivar, que el convencimiento de esa imposibilidad les hacia indiferente conocer: se vieron monarcas de la soledad, i se espantaron; pobres en la riqueza, i se desesperaron. Entónces empezaron a remediar el mal con otro mal, i los africanos esclavos sustituyeron a los esclavizados borincanos. Pero en vano aglomeraron errores sobre errores, horrores sobre horrores: la Isla no producía oro, i los aventureros no acudían, i la poblacion no se aumentaba, i la produccion se estacionaba, i el comercio languidecía, i la pobreza abrumaba a sus moradores, i España desdeñaba

(1) Humboldt, Torres, Vargas, Ledru, frai Iñigo, Córdoba, difieren, entre 740, 720 i 330, l. m. c.

(2) Bayacete i frai Iñigo dicen que eran 600,000.—Acosta, el erudito escritor puerto-riqueño, cree que no pasaban de 200,000.

la pobreza, i la Isla desdeñada dormia en el sueño de la indiferencia.

En 1765, su poblacion compuesta de blancos, negros i mestizos, no pasaba de 44,883 habitantes, 5,037 de los cuales eran esclavos (1). José Julian de Acosta, anotador puerto-riqueño de la Historia de la Isla, que ha estudiado con diligencia i descrito con encantadora injenuidad ese período de la Isla (1530 a 1765), esplica por qué la poderosa Isla estaba tan despoblada i era tan pobre, i cómo esa misma exigua poblacion era producto, en gran parte, de las deserciones de los marineros o soldados españoles que con rumbo al continente o a otras islas llegaban casualmente a sus playas.

El cuadro que resulta de las minuciosas indagaciones del escritor puerto-riqueño, es tan interesante para el sociólogo como para el patriota. El uno se complace en estudiar la formacion de una sociedad, en tanto que el otro aprende a conocer en su primer momento la tierra que algun dia será su patria.

Si como la abandonaba a sus propios recursos, la metrópoli hubiera abandonado la Isla a su propia iniciativa, Puerto-Rico seria hoi la mas poderosa de las Antillas i habria dejado ya de ser colonia; pero la metrópoli habia aislado a la Isla, la mantenia en la mas absoluta soledad, en cuidadosa incomunicacion, i era la cárcel de sus moradores. No podia comerciar, i nadie iba a comerciar. Del comercio libre hubiera dependido su riqueza, su civilizacion, su esplendor, i el comercio tenia allí mas trabas que en ninguna otra de las colonias, porque era la mas desdeñada de todas, siendo de todas la mas pequeña i la mas pobre. Era tal, sin embargo, la excelencia de sus producciones, tan favorable a la crianza del ganado vacuno i caballar su tierra montosa i pastosa, que imperceptiblemente fué adquiriendo nombre entre las pequeñas Antillas, sus vecinas, con las cuales, poco a poco i subrepticamente, se puso en contacto comercial. Ella les daba sus ganados i sus frutos; ellas le cambiaban las mercancías inglesas a que servian de almacenes.

A esto atribuye el Gobernador de la Luisiana, O'Reilly, que pasó en 1765 por Puerto-Rico, el progreso que se notaba entre «los vasallos mas pobres» que tenian en América los monarcas españoles. Dice testualmente: «En el dia han adelantado alguna cosilla mas, con lo que les estimula la saca que hacen los extranjeros de sus frutos i la emulacion en que los van poniendo con los listados, bretañas,

---

(1) *Memoria sobre la Isla de Puerto-Rico*; O'Reilly.

pañuelos, olanes, sombreros i otros varios jéneros que introducen, de modo que este trato ilícito, que en las demas partes de América ha sido tan perjudicial a los intereses del rei i del comercio de España, ha sido aquí útil.» De aquí cualquiera hubiera deducido la necesidad de convertir en lícito ese comercio ilícito, libertándolo de las trabas que lo hacian imposible, ménos un súbdito del rei de las Españas, representante temporal de su egreja majestad, el cual, con aquel candor que suelen tener los errores, aun despues de conccidos, aconseja... ¿que se consienta el comercio? nó; que se pongan en la costa tropas de resguardo que lo impidan.

Así, por su propio esfuerzo, fué formándose, creciendo, poblándose, desarrollando sus elementos i sus fuerzas la miseranda Isla, hasta que los esfuerzos del Diputado puerto-riqueño, Ramon Power, i la enerjía del hacendista guatemalteco, Alejandro Ramirez, consiguieron en 1815 la cédula real que permitia el comercio extranjero. Aquí comienza otra época: la pasada está descrita por el mencionado O'Reilly en las siguientes palabras espresivas: «Para que se conozca mejor cómo han vivido i viven hasta ahora estos naturales, conviene saber que en toda la Isla no hai mas que dos escuelas de niños; que fuera de Puerto-Rico (la capital i la villa de San Jerman) pocos saben leer; que cuentan por época de los gobiernos, huracanes, visitas de obispos, arribos de flotas o situados (1): no entienden lo que son leguas; cada uno cuenta las jornadas a proporcion de su andar: los hombres mas visibles, comprendidos los de Puerto-Rico (la capital), cuando están en el campo, andan descalzos de pié i pierna. Los blancos, ninguna repugnancia hallan de estar mezclados con los pardos (2). Todos los pueblos, a escepcion de Puerto-Rico, no tienen mas vivientes de continuo que el cura: los demas existen siempre en el campo, a escepcion de los domingos, que los inmediatos a la iglesia acuden a misa... Para aquellos dias tienen unas casas que parecen palomares, fabricadas sobre pilares de madera con vigas i tablas: estas casas se reducen a un par de cuartos; están de dia i noche abiertas, no habiendo, en las mas, puertas ni ventanas con qué cerrarlas: son tan pocos sus muebles que en un instante se mudan: las casas que están en el campo son de la misma construccion, i en poco se aventajan unas a otras.»

---

(1) Auxilio pecuniario que se imponia a las cajas de Méjico para subvenir a los gastos de Puerto-Rico.

(2) I hacian bien, i a eso debemos, en parte, nuestro espíritu democrático, i a eso deberemos en gran parte nuestra independenciam i la probabilidad de constituir un sólido estado social.

## III

Hai una prueba terminante de la incapacidad política de España, que nunca (ni aun en la pasmosa diferencia que hai de las que fueron sus colonias continentales a las que son hoi naciones independientes) se ha patentizado con tan abrumadora claridad como en el progreso de la mas oriental de las grandes Antillas. Esa prueba la da el censo de poblacion. En 1765, era de 44,883 almas; en 1815, de 220,892; en 1870, de 700,000 almas.

Este aumento que es prodijioso en un pais para el cual no se han dirijido nunca las corrientes de *inmigracion europea*, porque las leyes restrictivas se han opuesto a la corriente, demuestra una tal abundancia de elementos económicos i de recursos sociales, que es imposible que no hubiera tempranamente producido los efectos tardíos que hoi producen, si hubieran tenido desarrollo i expansion. I si se medita que ese prodijioso resultado se ha debido a miserables concesiones, la admiracion por el pais crecerá en proporcion que crezcan el desden que merece su metrópoli, i la indignacion que debe inspirar su despotismo suspicaz. El punto de partida de este beneficio fué (desde 1765 hasta 1815) el desarrollo de la agricultura, facilitado por algunas disposiciones favorables al cultivo de la caña, del tabaco, del café, i la condescendencia con que, mas por desden i por inercia que por buena voluntad, se dejó que el comercio traspusiera los límites impuestos por la metrópoli. El punto de partida del progreso que en la segunda época (1815 a 70) hemos notado, es la cédula de 1815. La llamaron de libertad de comercio, i puso freno a la libertad que subrepticamente habian creado las necesidades del pais: le atribuyen el designio de favorecer la inmigracion extranjera (*la católica*, por supuesto) i uno de los artículos que la reglamentaban, dice testualmente: «Los extranjeros que sin domicilio adquirido por estas reglas, residan actualmente en la Isla, *deberán salir de ella en el preciso término de tres meses...* en la intelijencia de que, pasado dicho tiempo, los que no tuvieren carta de domicilio o naturalizacion i sin embargo subsistan en la Isla, *serán tratados como inobedientes i sujetos a las justas penas que se les impondrá con conocimiento de causa.*»

La fertilidad de la Isla era tan admirable; el desarrollo de la poblacion redujo tanto las enormes propiedades; la despoblacion de Santo Domingo i la emigracion de Venezuela llevaron tantos brazos, tantos capitales i tanta intelijencia, a la poblacion i la produccion de la Isla, que, a pesar de la política española, que solo habia hecho

una verdadera concesion (i esa, monstruosa; la libertad del tráfico abominable de esclavos), Puerto-Rico empezó a prosperar i a progresar. De 23,475 pesos anuales que producía en 1765 su agricultura, se elevó a un movimiento mercantil que era de 1.382,299 pesos en 1815 i que ascendió en 1863 a 16.511,683 pesos.

#### IV

Hubo un momento (1813 a 15) en que la infortunada Isla pudo abandonarse a la esperanza. Su orgullosa metrópoli se habia dignado admitirla en el número de sus provincias, i recibirla, como a las demas colonias, en la representacion nacional. Solo le concedió tres diputados; pero bastó la intelijente diligencia del mas fervoroso de los tres, Ramon Power, para conseguir las ventajas comerciales a que debió su asombroso crecimiento.

Si hubieran correspondido las reformas sociales i políticas a las comerciales, hubieran sido menguadas como éstas; pero habrian coadyuvado al progreso, porque habrian favorecido la libertad del pais. No correspondieron, i la esclavitud de los africanos adquirió un terrible desarrollo, i empezó a notarse el contraste repulsivo que existia entre el bienestar relativo de los intereses materiales i el absoluto malestar de los intereses intelectuales i morales de la colonia.

Tres sacerdotes evanjélicos, puerto-riqueños todos tres, el padre Bonilla, el doctor Juan F. Jimenez, frai Anjel de la Concepcion Valdés, hicieron esfuerzos tan poderosos como inútiles en favor de la instruccion i de la libertad del pensamiento: al primero lo obligaron a morir en la emigracion: al segundo le cerraron la academia de ciencias i letras que habia, mas que otro alguno, contribuido a crear: el tercero ha perpetuado en una carta melancólica la guerra hecha por la metrópoli i sus representantes a la cultura intelectual,..... «que la instruccion de la juventud en esta Isla (dice) tiene una especie de maldicion.»

La que siempre ha pesado sobre ella. Hacia 1847, siendo capitán jeneral de la Isla el conde de Mirasol, los padres de familia se asociaron en toda la Isla para establecer con fondos propios, i sin auxilio del Gobierno, un Instituto de segunda enseñanza: el jeneral gobernador, Pezuela, informó en contra al Gobierno metropolitano en 1849, i la Isla se quedó sin Instituto. Un seminario conciliar, fundado en 1831 por un obispo peruano, Gutierrez de Cos, ese es el único establecimiento científico que han consentido los españoles en la

Isla. El estado de la educacion primaria era pavoroso en 1864: para una poblacion de 500,000 almas no habia mas que 122 escuelas públicas i 25 privadas: segun el censo de 1860, habia un 82,50 por ciento entre los varones, un 87,50 por ciento entre las hembras que no sabian leer. La sociedad «Amigos del Pais» propuso en 1846 que se enviaran a Europa algunos jóvenes pobres: con recursos particulares, se mandaron cuatro: dos de ellos no podian subsistir (tan exiguos eran los recursos) cuando murieron los otros dos: se pensó en trasladar a los dos que sobrevivieron la pension que a los muertos habia designado la subdelegacion de Farmacia: fué necesario pedir la autorizacion al Gobierno, i el Gobierno no despachó el espediente hasta año i medio despues! Ni hacia ni dejaba hacer. Pero la Isla necesitaba i sentia la necesidad de educar la jeneracion que se formaba, i desde 1848 empezó un movimiento que el Gobierno metropolitano i el colonial no podian impedir: los padres buscaron para sus hijos la instruccion que la patria les negaba, i los colejos de los Estados Unidos, de Francia, de Alemania i de España empezaron a recibir la ávida juventud puerto-riqueña.

Ya el pais habia recibido el ultrajante desaire que las Córtes de 1836 habian hecho a sus diputados (que, sentados ya en el Congreso, se vieron obligados a salir de él) i, con los primeros jóvenes que volvieron del extranjero, comenzó sordamente la accion revolucionaria.

Dos o tres manifestaciones armadas ha tenido, que han sido inmediata i sangrientamente sofocadas, pero basta conocer las precauciones tomadas desde 1865 por todos los Gobiernos españoles, para saber que el alzamiento de independencia es el temor i la constante pesadilla de la metrópoli: para saber que es inminente basta conocer la torpeza de la política española en Puerto-Rico, desde que estalló la revolucion en Cuba.

No hai español en Puerto-Rico que no esté armado: no ha habido Gobierno, desde la revolucion de Setiembre hasta la fecha, que no haya querido atraer con promesas de reformas a los isleños, ni Gobierno que haya cumplido esas promesas.

No las cumplirá, i entónces cumplirá las suyas el pais. Los que se interesen en el triunfo de la justicia, esperan: los que le hemos sacrificado nuestra vida, esperaremos.

\*  
\* \*

Las rápidas palabras que acabo de escribir, tienen un fin: presen-

tar en la fuerza de expansion que la Isla de Puerto-Rico ha demostrado siempre, i en la fuerza de concentracion en que ha tratado de ahogarle el sistema colonial, la probabilidad de una sociedad de elementos coherentes i de seguro porvenir: de esa coherencia de elementos nacerá una sociedad libre, cuando haya la revolucion conquistado la independendia de la Isla. Antes de tomar parte en la vida jeneral, los pueblos deben presentar sus títulos a la consideracion de sus hermanos.

Las Antillas serán libres cuando sean independientes, porque en la una harán la riqueza i el comercio lo que hará en la otra la regularidad de su estado social.

De la utilidad de esos dos miembros de la familia americana en el porvenir del continente, el tiempo responderá; estoi seguro.

EUJENIO MARÍA HOSTOS.

---

## LOS PRECURSORES

DE

### LA INDEPENDENCIA DE CHILE (1)

---

El distinguido escritor arjentino don Bartolomé Mitre ha llamado, no recordamos dónde, al señor Amunátegui, el historiador de las ideas políticas. A nuestro juicio, lo habria calificado con mas propiedad i exactitud llamándolo el defensor de ciertas ideas políticas o sociales, el abogado de la historia. En su *Dictadura de O'Higgins* quiso, en efecto, el señor Amunátegui probar la excelencia, la necesidad del Gobierno republicano, único posible en los países que fueron colonias de España, e hizo una brillante alegacion en favor de un bando. En su *Historia del descubrimiento i conquista de Chile* proclamó los prodijios de la iniciativa i espontaneidad de los individuos entregados a su inspiracion personal, i formó una galería de retratos en que los primeros conquistadores aparecen con una talla gigantesca. En ambas, propuso a los nuevos gobiernos un principio práctico, una leccion de política. En los *Precursores de la independencia de Chile*, su última obra, aun no concluida, ha dejado el campo de la América i el campo de la práctica para entrar en el de las teorías universales puramente especulativas: el libre arbitrio en los individuos i en las naciones.

Mal sistema de escribir la historia; i desde luego, mal sistema por

---

(1) Trabajo histórico de don Miguel Luis Amunátegui, tomos 1.º i 2.º, Santiago, 1871—1872.

el hecho de ser sistema. El tiene peligros reconocidos a los cuales el señor Amunátegui no puede gloriarse de haber escapado por completo. La historia toma en sus manos algo de la polémica. Tratando de sostener a todo trance la idea propuesta, busca con heroica paciencia en las bibliotecas, en los archivos, en las viejas crónicas, en «esos papeles medio borrados, medio podridos, que despiden un olor particular i que dejan en las manos un polvo delgado i pegajoso,» todo aquello que conduce a su objeto. Lo demás, queda entre el polvo. Como un diestro abogado, i aunque no haya recibido este título, el señor Amunátegui, que no olvida un momento los preceptos de la retórica que durante largos años ha profesado i que dan a sus escritos cierta especie de amaneramiento que les es peculiar, reúne sus pruebas, las pesa, las ordena artificiosamente i se esfuerza en manifestar su valor exajerando su importancia.

Pernicioso sistema, que falsea la historia jeneralizando demasiado los hechos, presentándolos desligados e incompletos, reales pero no verdaderos, para hacerlos causa de un resultado esclusivo.

Pero, ¿qué ha podido inducir al señor Amunátegui a tratar una cuestion como la del libre arbitrio, debatida hasta el fastidio i sin resultado alguno entre los mas grandes pensadores, i que trae ajitados estérilmente a teólogos i filósofos desde remotos siglos? ¿Resolverla? Si tal ha sido su propósito, la simple lectura de la *Introduccion* de su libro bastará para probar que no lo ha conseguido.

Sorprendido de la radical trasformacion operada en solo medio siglo por la revolucion de la independencia en la América española, el señor Amunátegui se pregunta qué es lo que ha podido verificar tan profundo cambio que «los actuales hispano-americanos necesitan hacer esfuerzos de imaginacion para poder figurarse lo que eran sus abuelos, talvez lo que eran sus padres.»

La voluntad de unos cuantos hombres de constancia i enerjía, se contesta a sí mismo.

No seremos nosotros los que desconozcamos los grandes adelantos alcanzados en la República; pero no hai que exajerarlos. Sin llegar a nuestros dilatados campos, en que las ideas i hábitos coloniales subsisten casi en su primitiva rudeza, en el recinto de nuestras ciudades encontramos a cada paso los rastros de la colonia, que los nietos de la actual jeneracion podrán todavía reconocer fácilmente. La veneracion i temeroso respeto con que nuestros mayores miraban la omnipotencia de la autoridad; sus absurdas ideas económicas i de gobierno; el prurito en los mandatarios de reglamentarlo todo, i en los pueblos el de esperararlo todo de sus gobernantes; sus groseras

supersticiones religiosas i ridículas patrañas, ahí están todavía haciendo estériles todo principio o práctica de progreso. Hai quien vea aun los fantasmas i demonios, los ángeles i apariciones que turbaban el sueño de nuestros abuelos. La vieja lejislacion española con su inveterada rutina es hasta ahora en gran parte nuestra lejislacion patria. Los grandes problemas del inquilinaje, la antigua *mita*, i de la guerra de Arauco, ahí están todavía por resolverse. El progreso alcanzado mas está en los intereses materiales i en la letra de alguna de nuestras leyes, que en las creencias i hábitos sociales. Todo esto podria probar con un ejemplo mas que la voluntad de unos cuantos revolucionarios, por mas enérgica que se suponga, es inipotente para cambiar un estado social cualquiera, i que esto solo pueden conseguirlo influencias lentas pero eficaces, de ideas o hechos independientes de la humana voluntad.

Hai, pues, dos doctrinas opuestas, dos principios encontrados.

El primero sostiene la omnipotencia de la voluntad humana. Segun él, las leyes eternas e invariables que rijen necesariamente a los demás seres del universo, no alcanzan al hombre que, dueño absoluto de sus acciones, puede sustraerse a ellas i dirigir a su capricho la marcha de los sucesos en virtud de su libre voluntad, que solo podria ser libre a condicion de poder ser caprichosa, tomada esta última palabra en su acepcion vulgar de falta absoluta de móvil en algunas acciones humanas, i no en su verdadera de ignorancia del móvil. Para los sostenedores de esta opinion, la antigua organizacion del Perú seria obra exclusiva de los incas, como la Reforma lo seria de Lutero i Calvino, i la revolucion de nuestra independencia, de los cabildantes del año 10.

El segundo de aquellos principios presenta las leyes naturales en su inmutable desarrollo arrastrando consigo a los individuos i a las naciones. Segun él, una serie de influencias sociales o físicas obrando combinada i simultáneamente, las ideas políticas o religiosas, las costumbres, la educacion, el clima, los alimentos, el suelo, los antecedentes de raza, etc., etc., imprimen a los acontecimientos una marcha jeneral determinada que la voluntad humana es incapaz de contrarestar. Así se esplicarian, por una parte, las diferencias necesarias entre el habitante de una isla perdida en el océano polar, i el que vive en medio de los continentes tropicales; i por otra, la estrecha semejanza entre dos pueblos sometidos a todas aquellas influencias combinadas, como la India i el antiguo Méjico. Para los sostenedores de esta opinion, las revoluciones serian como rápidos en la corriente universal del progreso, i los que se llaman hombres providenciales,

serian solo poderosos nadadores que, impulsados por los mas débiles, llegan antes que éstos a la purificadora i ruidosa cascada: los que vienen mas atrás creerán que los primeros la han formado. La estadística de la criminalidad, con sus cifras constantemente uniformes en el número i condicion de los delitos, podria hacer creer, para los defensores de esta doctrina, en un estado enfermizo de la humanidad, en el cual un hombre se moriria de suicidio, por ejemplo, como otros se mueren de fiebre. La organizacion del antiguo Ejipto no es, para ellos, debida a los Faraones, ni tampoco exclusivamente al dátíl, lo que graciosa e infundadamente les atribuye el señor Amunátegui, sino al resultado de todas las influencias de que hemos hablado.

Entre estas opuestas doctrinas, el autor de los *Precursores* está por la primera. Al señor Amunátegui le duele ver arrojado de su trono de vanidad al que tan pomposamente se ha llamado rei de la creacion, i para mantenerlo en él, apela al testimonio de la historia i al testimonio de la conciencia. Siglos hace, sin embargo, que sus contrarios invocan igualmente en su apoyo el primero de esos testimonios, i niegan su fuerza al segundo.

¿Quién podrá conocer las imperceptibles i recónditas sinuosidades de la conciencia humana? En un pueblo condena ésta como un crimen lo que en otro impone como un deber. Un hombre conocidamente loco, creyéndose rei del universo, da muerte al que ha osado desobedecerle: es maniatado i llevado a una casa de orates. Otro, que pasa por cuerdo, es arrastrado a un patíbulo. Pero, ¿quién podrá graduar la sensatez, i por consiguiente, la responsabilidad en esa escala que principia con un cuerdo i acaba con un loco?

El ejemplo de Camilo Henriquez, atravesando el dintel de un convento con las ideas de un colono i saliendo de allí convertido en libre pensador, podria talvez probar lo contrario de lo que se propone el señor Amunátegui. No fué su fuerza de voluntad lo que emancipó de la ignorancia i del error el alma del gran patriota, sino los filósofos revolucionarios del siglo XVIII, cuya lectura habia hecho pesar sobre él la mano de la inquisicion de Lima i cuyas doctrinas debia propagar mas tarde en todos sus escritos. Si el fraile de la Buena Muerte no hubiera salido de las miserables playas de Valdivia, si no hubiera sido «educado en el odio a la tiranía, como él lo aseguraba, pasada la mitad de la vida en estudios liberales,» ¿habria sido lo que fué? *Nihil desperandum*, repetia a sus lectores; pero, ¿no podria traducirse esto diciendo: no desesperéis, que la fuerza de la verdad i desconocidas influencias cambiarán este estado de cosas, i aun sin que vosotros podais impedirlo?

A juzgar por la esposicion que el señor Amunátegui hace de la doctrina que niega el libre arbitrio, esposicion en la cual se ha desentendido de los principales argumentos en que reposa, haciendo mas bien de ella una especie de caricatura, natural pareceria que esa doctrina no tuviera en el dia partidario alguno. ¿Cómo esplica, pues, el señor Amunátegui el hecho por él mismo asentado de que «puede notarse aun que en los últimos años esta doctrina, sostenida por eminentes pensadores, ha adquirido prestigio i ha aumentado el número de sus adeptos?» Es porque, a rechazarla completamente, la historia dejaria de ser una ciencia i una leccion, perdiendo el carácter de experimental i previsor que esencialmente tiene i sin el cual de nada serviria. Por esto es que el señor Amunátegui, que en todas sus opiniones tiene algo de ecléctico, vacila, trata de conciliar si es posible las dos doctrinas; i sin desconocer el poder de las influencias físicas o sociales, concluye diciendo que éstas *casi siempre* pueden ser dirigidas por la voluntad humana.

Pero, ¿cuáles son los límites de ese *casi siempre*?

Un hombre sube o baja, se mueve o se está quedo: hé ahí actos que parecen de su esclusiva voluntad. Se hace sentir en un pueblo una grande agitacion social, i estalla una revolucion: hé ahí tambien un acontecimiento que evidentemente no ha sido obra exclusiva de la voluntad de los revolucionarios. ¿Dónde principia, pues, o acaba la responsabilidad? ¿Cuáles son las paredes de ese estrecho carro dentro del cual puede el hombre moverse a su arbitrio, mientras el convoi es arrastrado por la fuerza irresistible del vapor? Es éste un problema psicológico que, como todos los de su especie, parece irresoluble para nuestros medios de comprobacion.

Pero en definitiva, despues de haber adoptado un mal sistema de escribir la historia proponiéndose probar un principio preconcebido, el señor Amunátegui fué desgraciado en la eleccion de su tema, i mas desgraciado todavía en su ejecucion. No ha hecho avanzar un solo paso a la eterna disputa, no ha llevado a ella un solo argumento nuevo; i cuando al principio parecia haber abrazado franca i decididamente una de las dos opiniones opuestas, concluye no abrazando ninguna, o mas bien, negándolas ambas con un *casi siempre* que deja la cuestion en el mismo estado en que la encontrara.

Es ésta, a nuestro juicio, la parte verdaderamente débil de su obra.

## II

Entre las hazañas fabulosas de la conquista, cantadas por la epopeya, i la lucha gloriosa de la independencia, celebrada por la historia, aparece la colonia como esa laxitud que sigue a la agitacion i precede al nuevo combate. La primera jeneracion, la de los conquistadores, bajó al sepulcro estenuada, sin aliento, despues de una lucha gigantesca contra los hombres i contra la naturaleza, en que habia casi agotado sus fuerzas vitales.

El rei i su consejo de Indias recojieron entonces la autoridad que en manos de los conquistadores habia obrado tantos prodijios; i desde el otro lado de los mares, tendieron sobre los embrutecidos americanos un manto de plomo que debia impedir sus mas leves movimientos, dejándolos en la situacion de aquel condenado de Plutarco, que recuerda el señor Amunátegui, obligado a permanecer eternamente sentado.

Las *Leyes de Indias* todo lo previeron i todo lo reglamentaron, aun la conciencia: cada colono tenia señalado en ellas lo que debia hacer, creer i esperar. ¿Para qué tomarse el trabajo de pensar? El rei i su consejo pensaban por todos.

Los altivos conquistadores no habrian reconocido a sus descendientes en los dejenerados colonos, i la raza indijena habia al fin encontrado quien vengara en los hijos la atroz crueldad de los padres.

A pesar de todo, sorda e insensiblemente se fundó allí, entre la oscuridad i la opresion, una sociedad en que no se habian podido matar los jérmenes de progreso; i un dia llegó en que, rompiendo su camisola de fuerza, produjo en el primitivo suelo de la barbarie nacionalidades nuevas que, entre las agitaciones de la infancia, debian abrirse un camino para ir a representar ante la augusta comunidad de los pueblos libres i prósperos del universo, el gran principio de la República.

¿Cómo se preparó esta especie de resurreccion? ¿Qué jérmenes eran esos que desde lejos anunciaban la nueva era? ¿Qué obstáculos se oponian a su libre desarrollo prolongando por tres siglos su trabajada jestion?

Hé ahí el objeto de las nuevas investigaciones del señor Amunátegui, i esto solo constituye uno de los grandes atractivos de su libro: el atractivo de lo desconocido. La historia social de la América no ha llamado todavía seriamente la atencion de sus modernos historiadores. Han dedicado éstos su principal empeño a escribir la his-

toria política i militar de la independencia, es decir, el fin, i han descuidado el principio i casi olvidado el medio.

Por lo que a Chile hace, puede decirse que su vida de colonia comienza solo ahora a ser objeto de trabajos históricos dignos de este nombre. Ellos vienen probando que si aquella época ha sido mirada como infecunda, es porque no se la ha conocido. Todo el que quiera estudiar a fondo el oríjen i tendencias de las actuales sociedades americanas, tendrá que ir a rastrear allí el principio i desarrollo de sus instituciones i de sus costumbres, de sus virtudes i de sus vicios. Los viejos pueblos europeos ¿no van a buscar en la edad média las razones de existencia de su modo de ser político i social? La colonia es la edad média del nuevo mundo.

Desgraciadamente a nuestro juicio, el señor Amunátegui no ha querido darnos una historia social ordenada i completa de la colonia. Guiado por su sistema de probar una tesis, el autor de los *Precursores* ha hecho solo una serie de cuadros sociales formados con hechos aislados tomados del principio, medio i fin, i que no alcanzan a dar una idea exacta i entera de la sociedad colonial en todas sus múltiples i variadas manifestaciones. A continuacion de una carta de Pedro Valdivia, viene citada una real cédula de Felipe III o una ordenanza de Carlos IV.

Por nuestra parte, habríamos querido mas bien una historia en cierto modo cronológica que nos hubiera guiado al través de las vicisitudes de la colonia desde su infancia hasta su virilidad i su muerte, i en la cual hubieran tenido su respectivo lugar todos los elementos que constituyen la ciencia, la política como la lejislacion, las instituciones civiles como las relijiosas, las costumbres como la educacion, el comercio como la literatura, la paz como la guerra. Una historia de esta clase está aun por escribirse entre nosotros, no pudiendo la del señor Gay llenar este vacío. Si el señor Amunátegui hubiera querido componer una obra como la indicada, habria prestado a la ilustracion en su país un servicio mayor todavía que el que ya le ha hecho con la publicacion de sus *Precursores*. Nadie estaba en mejor situacion que él para llevar a cabo ese trabajo con lucidez i acierto. Así habria podido seguirse mejor la lójica de los acontecimientos i descubrir su lei en medio de la aparente contradiccion de los hechos i de encontradas influencias obrando simultáneamente. I no hai cuidado de que de esta suerte hubiera de resultar un libro cansado o poco interesante: que cuando se consideran en su conjunto i natural encadenamiento los hechos verificados en los diversos tiempos, todos presentan mas o menos igual interés, quedando al talento del narrador ofrecerlos bajo una forma útil i agradable.

Una gran parte de la obra está formada por documentos recojidos por el señor Amunátegui con trabajo i paciencia admirables, dignos de todo elogio, i destinados a evidenciar los hechos relacionados. Mucho se ha aplaudido este sistema de comprobacion que, ocultando al autor, hace intervenir en la narracion i hablar con su propio lenguaje a los vireyes i capitanes jenerales, a las audiencias i a los cabildos, a los obispos i a los escribanos; i ello sin duda que es útil, estando como estaban hasta ahora, inéditos muchos de esos documentos, i siendo los otros poco comunes i desconocidos para la jeneralidad. Pero si pueden ser convenientes para comprobar los hechos asentados i muchos otros que de ellos se desprenden, su publicacion íntegra no puede menos que perjudicar al arte de la composicion. Son útiles como lo es una compilacion de los mismos, i bajo este punto de vista, el señor Amunátegui ha prestado con su publicacion un verdadero servicio a los futuros historiadores; pero como elemento de arte, no deben tener cabida en una obra literaria sino con parsimoniosa medida, entresacando de ellos la parte que pueda tener interés para la cuestion e introduciéndola, si posible es, sin violencia alguna en el discurso mismo. De este modo se da a una obra cierto tinte i sabor de antigüedad que trasporta al lector a los tiempos i lugar de la escena; pero el autor de los *Precursores* ha abusado de esta concesion; i reproduciendo, casi siempre íntegras, una multitud de larguísimas piezas, mal escritas por lo jeneral i no siempre interesantes, ha echado sobre su obra una inmensa carga que hace fatigosa su lectura. Cuando mas, habrian todas podido reunirse en un *Apéndice* final.

*No invento, relato: no se crea que suponemos cosas que no han existido, narramos.* Estas u otras frases análogas repite a menudo el señor Amunátegui; pero, ¿por qué no se le habia de creer? ¿Por qué podria suponerse que inventaba? Si así fuera i no bastara, como jeneralmente sucede, la citacion de las fuentes para llevar fé i convencimiento al ánimo del lector, la historia dejaria de ser lo que es para convertirse en coleccion de documentos.

Lo que sí aplaudimos, i mucho, es el ilustrado criterio con que el señor Amunátegui sabe mantenerse siempre a la altura digna i severa que la relijion de la historia impone a sus sacerdotes. Su buen juicio le impide dejarse llevar, como otros, a la chocarrería, a historietas importunas i triviales, a anécdotas grotescas i desautorizadas.

Prefiere comunmente el jénero narrativo, i por lo que a nosotros hace, lo preferimos tambien, sobre todo, tratándose de historias oscuras i poco conocidas, como lo es la americana. Esto no quita, sin embar-

go, que una vez narrados los hechos, el autor emita juicio sobre ellos: él sabe a menudo mas que su mismo libro, i no habria otra opinion mas ilustrada que la suya. Pero el señor Amunátegui, que en su cátedra de literatura nos hacia años atrás esta observacion, no ha cuidado de practicarla en sus *Precursores*. Tratándose, sobre todo, de hechos que pudieran relacionarse de algun modo con ideas o sucesos del dia, manifiesta una timidez que lo llena de embarazos i que le hace encubrir su opinion; pero un historiador debe tener la franqueza de sus convicciones, sin tomar jamás en cuenta lo que puedan murmurar algunos de sus lectores que quisieran cambiar el carácter de los hombres i de los sucesos pasados para amoldarlos a su interés de partidarios.

Domina, sin embargo, en toda la obra un espíritu liberal que deja en el ánimo una impresion favorable i que da a toda ella cierto carácter de elevacion i justicia, convirtiéndola en una severa enseñanza. Todos los hechos están contemplados desde un punto de vista verdaderamente superior, i su clara significacion resalta por sí sola haciendo inútil el empeño de disimularla.

Por lo demás, alma fria i serena, el señor Amunátegui mira las cosas con el ojo indiferente del abogado, cuyo corazon no conmueven los grandes infortunios, ni las prósperas o adversas fortunas. No hai una causa bastante noble i santa que, combatida i agobiada bajo el peso de tremendas calamidades, merezca arrancarle uno de esos gritos involuntarios de todo corazon expansivo i jeneroso. Refiere las horribles atrocidades de la conquista en medio de una imperturbable serenidad; i si alguna vez, como suele suceder, salen de su pluma palabras de oprobio i condenacion, ellas son dictadas por la intelijencia que juzga, mas que por el corazon que siente. Esta participacion en las ajenas desgracias, este entusiasmo por las nobles causas no están reñidos con la imparcialidad; i en la falta de ellos debe buscarse la razon porque el lenguaje de los *Precursores* carece de vida i de animacion, de movimiento i de colorido. Así es como el señor Amunátegui, en su carácter de escritor i aun de orador, convence casi siempre a sus lectores u oyentes, rara vez los persuade, nunca los arrastra. Medita un plan, lo desarrolla con gran precision, parte por parte, con lójica inflexible i grande habilidad; pero no alcanza a comunicar el sentimiento, de que él mismo no está poseído.

Pero si falta calor a su estilo, su frase no se aparta jamás de la gramática ni admite esas impropiedades o estranjerismos que tanto afean los escritos de otros i que tan comunes se vienen haciendo en-

tre nosotros hablando i escribiendo. Su locucion es clara i sencilla; pero a fuerza de serlo, llega a menudo a la repeticion i alguna vez a la vulgaridad, empeñándose en probar lo que por su evidencia no necesita de pruebas. Parece que a cada paso temiera no ser comprendido por sus lectores, i entonces el señor Amunátegui espresa una idea i la repite muchas veces cambiando algunas palabras o invirtiendo simplemente el órden de la frase. Para que esto se vea, nos bastará tomar de la *advertencia* misma los siguientes acápite sobre lo estéril que suele ser la investigacion de antiquísimos documentos:

«I adviértase, dice, que ni con mucho todos ellos (los documentos) tienen siquiera algun mediano interés.

«Sucede con frecuencia que, despues de haberse empleado quizá horas en descifrar una letra parecida a jeroglífico, lo que llega a leerse a costa de tanta fatiga es enteramente insignificante.

«Esta pesada tarea seria por cierto mui soportable si hubiera la seguridad de que siempre habia de llevarnos al descubrimiento de algo útil; pero por desgracia, no es así.»

¿No es verdad que cada uno de estos acápite habria podido espresar por sí solo la idea completa, dos de ellos por lo menos? En todo el libro podrán encontrarse numerosísimos ejemplos de lo que decimos.

El que acabamos de citar manifiesta tambien otra peculiaridad del señor Amunátegui: la division del período i hasta de la idea en cortísimos acápite. A la verdad, no comprendemos qué objeto pueda tener al emplear este procedimiento, que cada dia acentúa mas en sus escritos i de que no podria encontrar un modelo en nuestra lengua. No es precisamente el verdadero estilo cortado, tan bien manejado por algunos escritores franceses, ni menos todavía el empleado por los grandes hablistas castellanos antiguos i modernos. Para ser el primero, le faltan vigor i sonoridad; para el segundo, elegancia. Forman en la obra un curioso contraste las frases cortas i medidas, la multitud de puntos finales i acápite que se encuentran en una página del señor Amunátegui, con los períodos interminables, sin puntos, casi sin comas, de los documentos citados, que llenan a veces de este modo páginas enteras. Lo primero es mas claro; lo segundo, menos monótono i mas conforme a la índole del idioma.

### III

Para asegurar la posesion de sus colonias, los reyes de España trataron de cerrar todas las avenidas a las ideas de libertad e independencia

que pudieran algun dia trastornar su dominacion. Mantener bajo ésta la vasta estension territorial en que, conforme a las ideas de la época, se hacia consistir el poder i fuerza política de las naciones; llevar allí i mantener pura i sin mezcla de herejía la doctrina católica; i exigir en cambio de tan gran bien cargamentos de oro i sumision absoluta: hé ahí los fundamentos de las *Leyes de Indias*.

Los monarcas españoles sometieron los países conquistados en el Nuevo Mundo a un réjimen autoritario de absoluta restriccion; i acumulando obstáculo sobre obstáculo, con extraordinaria minuciosidad, con asombrosa paciencia, consiguieron alejar por tres siglos la revolucion de la independencia: que si tan solícitos i perseverantes no hubieran andado en la obra, la hora de la libertad habria sonado mucho antes en sus colonias de América. Las colonias inglesas de la América del Norte, sometidas a un réjimen de libertad, aunque fundadas un siglo despues que aquéllas, se independizaron, sin embargo, medio siglo antes; i miéntras en los Estados-Unidos un lijero pero ilegal impuesto sobre el té o el papel sellado habia provocado la revolucion, en las colonias hispano-americanas fué para ello necesario que un rei extranjero ocupara el trono de Madrid en medio de una tenaz i sangrienta guerra, i que un gobierno provisorio sin autoridad ni prestigio quisiera, durante el cautiverio del rei lejítimo, hacer pesar tambien sobre ellas la secular dominacion i apretar, si era posible, la cadena de los colonos, despertados ya a la libertad por la fuerza del ejemplo i de los principios revolucionarios que los filósofos del siglo XVIII i los tribunos de 89 habian hecho llegar hasta ellos subrepticamente.

Si las medidas tomadas por los reyes de España no eran, pues, bastantes por sí solas para hacer eterna su dominacion en América, cosa imposible de alcanzar contra las leyes naturales de la justicia i de la equidad, lo eran sí para prolongarla mas tiempo del que el curso natural de las cosas hubiera permitido prever.

Sin embargo, la clasificacion adoptada por el señor Amunátegui, de obstáculos que se oponian a la revolucion i de signos precursores de ella, no tiene una base bastante segura i natural. Algunas de las disposiciones consideradas entre los primeros podrian, bajo otro punto de vista, colocarse entre los segundos. Así, el sistema restringido i proteccionista establecido para el comercio en América, i a que el señor Amunátegui no ha querido prestar la atencion que debiera, afianzaba por una parte la dominacion española cerrando toda entrada a ideas subversivas; pero a la larga, debia por otra exasperar a los colonos, obligados a vivir en medio de una profunda miseria, faltos de los prime-

ros artículos que sus necesidades exijian, i sufriendo no poder alcanzarlos convenientemente en cambio de los escasos productos de una vida ociosa, que de ese modo se alentaba. Cuando la revolucion pudo hacer oír su voz en las columnas de la prensa, desde los primeros momentos reprochó a la España ese sistema que dejaba convertido en un erial un pais fértil i rico, que apenas podia así alimentar una escasísima poblacion.

Además, la estrictez misma i el excesivo rigor de las medidas de seguridad tomadas por el gobierno de la península, debian con el tiempo cambiarlas, de obstáculos a la independendencia, en síntomas precursores que un hombre de nuestro tiempo habria fácilmente adivinado. No es posible destruir completamente la naturaleza de las cosas ni contrariar sus tendencias de un modo absoluto.

Por esto el título de *Precursores de la independendencia* que el señor Amunátegui ha dado a su obra, no le conviene en todas sus partes. Apartando a un lado lo estremadamente bueno i a otro lo estremadamente malo de las cosas no es como se conoce a éstas, así como no puede retratarse a un hombre pintando las opuestas i extremas partidas, buenas i malas, de su carácter. Entre las extremas, hai otras que no podrian clasificarse con las primeras ni con las segundas, i que forman, sin embargo, el fondo de su personalidad.

¿Cómo clasificaria el señor Amunátegui, ese mismo sistema comercial, i el estado e influencias de la lejislacion civil i criminal, de la instruccion pública, de la industria, de las artes, materias todas de que no se ocupa absolutamente o de que solo se ocupa por incidencia? En el primer tomo, en que no aparecen para nada los precursores, señala los obstáculos que debia encontrar la independendencia, dejando para el segundo, que se ocupa casi esclusivamente de la guerra de Arauco i en el cual aparecen todavía nuevos obstáculos, la tarea de señalar los primeros. I el tercer tomo anunciado ¿de qué se ocupará? Difícil es preverlo aun despues de leidos los dos primeros.

Entre aquellos obstáculos, relativos ya que no absolutos, el autor de los *Precursores* señala como principales: la relijiosa veneracion de los españoles por su rei, objeto de un verdadero culto; la crónica milagrosa prestando su apoyo a esa veneracion; la mútua vijilancia entre las mismas autoridades, i la incomunicacion en que por la lei debian éstas mantenerse con los subordinados; las ideas aceptadas i predicadas en favor del derecho divino de los reyes i la confusion del Estado i de la Iglesia; la ignorancia jeneral de los colonos i las minuciosas medidas tomadas para impedir la introduccion de libros; el absoluto aislamiento en que las colonias debian vivir entre sí i con

la madre patria i demás países; i por último, las pequeñeces de la colonia, apocando el espíritu i las ideas.

Todos estos puntos han sido perfectamente estudiados i probados con hechos curiosísimos i abundantes, de que no se tenia noticia entre nosotros i que manifiestan las profundas investigaciones del autor en ese campo casi inexplorado de los documentos históricos.

Pero aquí, como siempre, su sistema induce a error. Al ver al señor Amunátegui señalar, por ejemplo, las esquisitas i multiplicadas órdenes de la Corte de Madrid para recoger un ejemplar de la biblia protestante o de una imájen de San Ignacio, introducidos furtivamente en América, o un objeto cualquiera en que estuviera grabada la *libertad de Francia*, podria creerse que nadie en las colonias hispano-americanas tenia otras ideas que las del comun del pueblo. ¿Cómo es entonces que los revolucionarios del año 10 aparecieron en Chile sabiendo casi de memoria las obras de Raynal i de Rousseau, o familiarizados por lo menos con las doctrinas enciclopedistas, como lo manifiestan los primeros periódicos de la revolucion? A tomar como regla jeneral i absoluta lo que pasó con ciertos libros perseguidos, podria suponerse que no habia entre nosotros quien tuviera otras obras que las vidas de santos que el monasterio de San Lorenzo enviaba a las colonias para ser puestas a venta en el rincon de una tienda, alumbradas por la fatídica luz de dos velas de sebo que por disposicion de la lei debian allí arder de dia i de noche al frente de un crucifijo. I sin embargo, ¿cómo se esplica que a principios del siglo hubiera en Chile bibliotecas privadas que contaban centenares de libros prohibidos, i que don José Antonio Rojas introdujera, como se cuenta, una gran cantidad de ellos con solo emplear el grosero artificio de cambiar el título de los lomos?

Por tomar ejemplos aislados de rigor i vijilancia para probar su tema, el señor Amunátegui tiende, pues, a jeneralizar demasiado los acontecimientos haciendo que, aunque reales i positivos, no induzcan a la verdad.

I aquí era donde debia haber dado mayor espacio a la historia de la literatura colonial, i sobre todo, a la enseñanza de las escuelas, de que casi no se ocupa absolutamente, ni siquiera de la célebre Universidad de San Felipe. La instruccion que en ellas se daba iba dirigida a dar fuerza i prestigio al orden de cosas establecido, i tanto ella como la lejislacion civil i criminal, guardaban perfecta armonía con los principios del gobierno absoluto i derecho divino de los reyes, contribuyendo mui poderosamente a afian-

zar el edificio colonial i preparando, para el dia en que se viera atacado, nuevos i poderosos obstáculos contra sus enemigos.

¿Cómo ha podido, pues, el señor Amunátegui pasarlos en silencio? I sobre todo, ¿cómo al hablar de las creencias relijiosas de la época, de la literatura i de los libros, no menciona siquiera el rol i la influencia que en ello ejerció la inquisicion, encargada de mantener la pureza de aquellas creencias i de formar los índices de libros prohibidos, persiguiendo con terrible empeño i condenando a ellos i a sus lectores a las llamas de la hoguera? Cierto es que en Chile la inquisicion no manifestó su terrible poder con el lujo que en el Perú o en Méjico; pero tambien lo es que ejerció aquí la misma vijilancia, i que por medio de sus comisarios, los sospechosos iban a ser encerrados en las cárceles de Lima o quemados en la plaza de Acho.

Todo esto debiera haber tenido su colocacion en el primer tomo de los *Precursores*.

Pero entremos al fondo mismo de las materias tratadas en esta obra i busquemos allí el alto interés i provechosa enseñanza que su lectura presenta.

GASPAR TORO.

(Concluirá.)

---

## DON RODULFO AMANDO PHILIPPI

---

### I

El eminente i bondadoso profesor a quien conoce i respeta toda la juventud estudiosa de Santiago tiene por nombre el que aparece a la cabeza de este artículo, sea dicho con perdón de los decretos gubernativos i de los documentos universitarios, cuyos autores parecen haber tomado empeño en sustituirlo por el de Rodulfo *Armando*.

Segun lo he oido al mismo señor Philippi, se ha cansado de protestar contra una alteracion completamente inmotivada, hasta que al fin se ha resignado a ella.

Pudiera creerse que ha sucedido con el nombre en este sábio naturalista lo que con muchas plantas que experimentan variaciones al ser trasportadas de un clima a otro.

Don Rodulfo Amando Philippi nació el 14 de setiembre de 1808 en Charlottenburg, poblacion que pudiera denominarse el Versailles de Berlin.

Su padre, empleado en el tribunal de cuentas, perdió sus cortos bienes de fortuna cuando la invasion francesa de 1806.

Ya que se veia en la imposibilidad de dejar a sus hijos una herencia en dinero, aunque solo fuera pequeña, se esforzó en asegurarles la adquisicion de una excelente educacion.

El niño Rodulfo Amando, i su hermano menor, Bernardo, tambien mui conocido en Chile, fueron desde temprano enviados a Suiza para recibir los rudimentos de la instruccion en el colejio que el famoso Pestalozzi dirijia en Iverdon, en el cual permanecieron cuatro años.

Al fin de este tiempo, Rodulfo Amando fué a concluir sus estudios preparatorios en uno de los liceos de Berlin.

En 1826, se incorporó en el curso de medicina de la universidad establecida en la capital del reino de Prusia.

Sin embargo, su afición decidida le llevaba al estudio de las ciencias naturales.

Si consentía en procurar hacerse apto para la profesión de médico, era únicamente por dar gusto a su padre, que así lo deseaba.

En 1830, su familia, i mui en especial su madre, hicieron sacrificios pecuniarios para que el jóven estudiante, segun un uso jeneral en Alemania, fuera a completar su educacion, viajando por algunos países estranjeros.

Durante el viaje de que estoi hablando, el jóven Philippi se encontró con los eminentes jeólogos Federico Hoffman i Arnaldo Escher von der Listh, que fomentaron la inclinacion que siempre habia tenido al estudio de la naturaleza.

Por muchos meses, estuvo con ellos recojiendo las producciones marinas i fósiles de la Italia Meridional i de la Sicilia.

De regreso a Berlin, rindió en 1833 las pruebas finales que se exigian a los aspirantes a la profesión de médico.

Aunque se desempeñó en ellas con mucho lucimiento, i obtuvo certificados mui honrosos, se limitó a presentar a sus deudos el diploma de médico para manifestarles que no habia perdido el tiempo, ni sido indigno de sus desvelos i sacrificios.

Ni entónces ni despues ha ejercido la profesión de médico.

Philippi es de la clase de individuos para quienes el cultivo desinteresado de la ciencia es una especie de sacerdocio.

Todo el tiempo de que ha podido disponer le ha parecido corto para sus variadas i pacientes investigaciones, i para las tareas del profesorado.

Su vocacion ha sido la de aprender para enseñar.

En vez de procurar ganar la vida con el ejercicio de la medicina, lo hizo dando en Berlin lecciones privadas de historia natural.

Las horas que esta ocupacion le dejaba libres las dedicaba a diversos trabajos científicos.

Entre otros, ejecutó por entónces la clasificacion de las conchas recojidas por Ehrenberg en el Mar Rojo.

Desde aquel tiempo comenzó a ser uno de los colaboradores de una recopilacion científica que aparece en Bonn bajo el título de *Archivos de Historia Natural*. Entre 1834 i 1845, insertó en esta publicacion hasta veintiseis artículos o memorias sobre diversos asuntos, pero particularmente sobre los caracoles i los animales que viven en ellos.

El mui conocido sábio Alejandro de Humboldt i el célebre jeólogo

Leopoldo de Buch conocieron el mérito de don Rodolfo Amando Philippi, i le dispensaron la mas decidida proteccion.

En 1835, Philippi dejó la Prusia para pasar a Hesse-Cassel, de cuya escuela politécnica habia sido nombrado profesor.

El año siguiente de 1836, fué marcado para Philippi por dos acontecimientos mui notables en su existencia.

Se casó con la señora Carolina Keumwiede.

Dió a luz en Berlin el primer volúmen en folio de su primera obra de largo aliento, que lleva por título: *Enumeratio molluscorum Siciliae*.

El autor no solo habia compuesto el testo de esta obra, sino tambien dibujado i litografiado sus numerosas láminas.

Humboldt, a quien Philippi habia sometido el manuscrito, lo consideró digno de presentarlo al rei de Prusia Federico Guillermo IV, el cual obsequió al autor en premio de su trabajo una medalla de oro.

Desgraciadamente Philippi tuvo en 1837 un espantoso ataque de sangre por la boca, lo que le obligó a ir a Italia con su mujer en busca de la salud.

Vivió en aquella comarca dos años, durante los cuales no permaneció ocioso.

Apénas restablecido de su enfermedad, volvió a visitar la Calabria i la Sicilia, i estudió con mucho esmero los moluscos i las conchas fósiles de la Italia Meridional.

Al regresar en 1840 a Hesse-Cassel, trabó relaciones a su paso por la Suiza con el ilustre sabio Luis Agassiz, el cual haciendo un rodeo, i aprovechando un intervalo de la comision científica que ejecuta por encargo del gobierno de Estados- Unidos de Norte-América, acaba de venir a Santiago, entre otros motivos, para estrechar la mano de su viejo amigo Philippi, a quien no habia vuelto a ver desde aquella época lejana, i la de su condiscípulo don Ignacio Domeyko, el actual rector de la Universidad de Chile.

Philippi dió a la estampa en 1844 el segundo volúmen en folio de su estensa obra *Enumeratio molluscorum Siciliae*, el cual le valió el obsequio de una nueva medalla de oro por parte del rei Federico Guillermo IV.

Las láminas de este segundo volúmen habian sido, como las del primero, dibujadas i litografiadas por el autor.

Hace poco tiempo, que el rei de Italia Víctor Manuel, en premio de la obra mencionada, ha enviado a Philippi el diploma de caballero de la órden denominada *la corona de Italia*, acompañándole la correspondiente condecoracion de oro.

I ya que se toca este punto de las distinciones, diré aquí que Philippi recibió de la última reina de España el título de miembro de la orden de *Isabel la Católica*.

Desde 1845 hasta 1850, don Rodolfo Amando Philippi fué insertando un gran número de artículos en una compilacion alemana publicada por varios naturalistas con el título de *Figuras i Descripciones de conchas nuevas o poco conocidas*, la cual consta de tres volúmenes en folio.

Aunque Philippi habia tenido siempre simpatías por las doctrinas liberales, tomó poca parte en la política activa hasta 1848.

Las agitaciones del gran movimiento europeo ocurrido en ese año le obligaron a intervenir en los negocios públicos.

La estimacion jeneral que se habia granjeado, la sensatez de sus ideas, la laboriosidad de sus hábitos atrajeron sobre él en aquellas circunstancias difíciles la atencion de los habitantes de Hesse-Cassel.

Philippi, sin solicitarlo, fué nombrado presidente, vice-presidente o secretario de las frecuentes reuniones políticas que entónces se celebraron, o de las diversas juntas que se organizaron.

Los jóvenes fueron los primeros que le designaron para un cargo de esta especie; los hombres ya maduros se apresuraron a imitar lo que les pareció un ejemplo mui acertado.

Merece advertirse que Philippi fué escojido a menudo para dirigir las reuniones, no solo de sus amigos políticos los liberales, sino tambien de los radicales, con cuyas opiniones solia hallarse en desacuerdo, aunque a la sazón, el término a que los unos i los otros se encaminaban, puede decirse, era comun.

Esta manifestacion de confianza era tan honrosa para aquel a quien se hacia, como fácil de concebirse.

En aquellas reuniones habia muchos que pronunciaban calorosos discursos; pero eran pocos los que acompañaban a Philippi a desempeñar las tareas de oficina.

En 1849, don Rodolfo Amando Philippi obtuvo el nombramiento de director de la escuela politécnica de Hesse-Cassel.

Aquel mismo año solicitó carta de naturaleza en dicho estado.

Inmediatamente fué elejido miembro o consejero de la municipalidad.

Entre tanto, llegó la reaccion de 1850.

Como era natural, Philippi se disgustó sobre manera del aspecto que tomaban los negocios públicos, i estuvo mui léjos de ocultarlo.

Habiendo el gobierno exijido al director i profesores de la escuela politécnica ciertas declaraciones que Philippi consideró indebidas, hizo renuncia de su cargo.

Sin pérdida de tiempo, fué a establecerse con su familia en Brunswick.

## II

Como lo he dicho ántes, don Rodolfo Amando Philippi tenia un hermano menor llamado Bernardo, el cual desde 1831 habia emprendido diversos viajes a Chile por distintos motivos.

Don Bernardo Philippi adquirió en 1845 la hacienda de Bella-Vista en la provincia de Valdivia.

Por peticion suya, don Rodolfo Amando Philippi envió a Chile en 1846 para que se estableciesen en la hacienda mencionada las nueve primeras familias de inmigrantes alemanes que han venido a nuestro pais.

Hacia el tiempo en que don Rodolfo Amando se trasladó a Brunswick, don Bernardo, que se encontraba en Alemania como ajente del gobierno de Chile para promover la inmigracion, le persuadió que viniera a tomar la direccion de la hacienda de Bella-Vista.

Don Rodolfo Amando, que estaba fastidiado del aspecto de los asuntos públicos en Europa, aceptó el ofrecimiento, viniéndose a Valdivia en diciembre de 1851.

Su posicion en Chile fué desde luego mui poco halagüeña.

La hacienda de Bella-Vista no correspondió a las brillantes esperanzas que se habian concebido.

Ademas, don Bernardo Philippi, nombrado gobernador de la colonia de Magallanes, fué asesinado en noviembre de 1852 por los patagones durante una incursion que emprendió al interior de la comarca recorrida por estos indios bárbaros.

Todo esto hizo que don Rodolfo Amando se encontrase en una situacion bastante desagradable.

Miéntras tanto, Philippi, como siempre, se habia dedicado mas al cultivo de la ciencia que a los negocios.

Con este motivo habia entrado en relaciones con don Ignacio Domeyko, secretario a la sazón de la Facultad de ciencias matemáticas i físicas, el cual, entre otros títulos a la gratitud nacional, tiene el indisputable de haber servido de introductor a varios de los extranjeros distinguidos que mas han contribuido a la difusion de las luces en nuestra patria.

Por conducto de Domeyko, Philippi dirijió en el año de 1852 a la espresada Facultad tres memorias, cuyos temas eran: el clima de Val-

divia, el volcán de Osorno, i la determinacion del límite de las nieves perpetuas bajo la latitud de dicha ciudad i la constitucion jeológica de la cordillera de la costa en la provincia del mismo nombre.

En la sesion celebrada por el Consejo Universitario en 23 de octubre de 1852, se leyó una nota del decano de matemáticas en la cual comunicaba que el secretario don Ignacio Domeyko habia entregado para el Museo Nacional a nombre de don Rodolfo Amando Philippi «un bajo relieve que representaba la configuracion del Vesubio i de sus inmediaciones, obra ejecutada con suma prolijidad i elegancia, i que se referia a un viaje hecho por su sabio autor a Nápoles, habiéndole valido mucha fama su descripcion jeológica en el mundo científico.»

A consecuencia de este obsequio, se hizo notar que Philippi debia contarse «entre los mas ilustres inmigrados alemanes de Valdivia;» i que «desde que estaba en Chile, ya habia remitido a la Universidad tres memorias de mucho mérito e interes para el pais.»

El resultado de estas observaciones fué que en aquella misma sesion el Consejo, «justo apreciador de los méritos de don Rodolfo Amando Philippi,» acordara «recomendar encarecidamente al gobierno» que le nombrara miembro corresponsal de la Universidad.

El presidente de la república don Manuel Montt i el ministro de instruccion pública don Silvestre Ochagavía mandaron sin tardanza espedir el título solicitado, espresando que aceptaban la propuesta, «en tésimonio del aprecio que hacia el gobierno de las luces del señor Philippi i de su decidido anhelo por el progreso i difusion de las ciencias naturales.»

A principios de 1853, Philippi remitió a la Facultad de ciencias matemáticas i físicas una memoria i un mapa de las lagunas de Llanquihue i de Todos los Santos i de los terrenos adyacentes.

El Consejo Universitario mandó imprimir la memoria i litografiar el mapa.

Las noticias que se tenian de la alta reputacion científica que don Rodolfo Amando Philippi habia obtenido en la culta Alemania, i las varias pruebas que inmediatamente habia dado de cuán merecida era esa reputacion, hicieron que el gobierno de Chile le nombrara en 1853 rector del liceo de Valdivia, i casi inmediatamente profesor de botánica i de zoolojía de la Universidad i director del Museo Nacional.

Habiéndole elejido al año siguiente la Facultad de ciencias matemáticas i físicas miembro de número, leyó para incorporarse en ella una memoria sobre el hierro meteórico del desierto de Atacama.

En 1866, fué nombrado profesor de jeografía física i de historia natural en la seccion preparatoria del Instituto Nacional; en 1868, miembro del Consejo de la Universidad; i en el presente año, miembro honorario de la Facultad de medicina.

### III

La posicion en que los cargos enumerados colocaban a Philippi, le asignaba el deber de estudiar la naturaleza de su nueva patria.

Philippi no era hombre de frustrar las lejítimas esperanzas que en él se habian fundado.

Don Ignacio Domeyko se dedicaba con brillo al estudio de la jeología, i, mui especialmente al de la mineralojía de Chile; i don Amado Pissis, con resultados no ménos notables, al de la jeología i de la jeografía física.

Philippi hizo por su parte algunas incursiones i algunas publicaciones para adelantar la jeografía física.

Las memorias sobre esta materia a las cuales aludo, son las que siguen: «Escursion a la laguna de Ranco, hecha en enero de 1860»—«Viaje a los baños i al nuevo volcan de Chillan, emprendido en febrero de 1862»—«Viaje a las provincias de Valdivia i Llanquihue,» llevado a cabo en 1868, por encargo del ministro del interior don Jerónimo Urmeneta, i publicado en la compilacion que dirige el famoso Pettermann en Alemania.

La principal obra de esta especie, compuesta por Philippi, es el «Viaje al desierto de Atacama hecho en el verano de 1853 a 1854.»

Pero los aspectos de la naturaleza chilena a cuyo estudio se ha dedicado particularmente Philippi han sido la botánica i la zoolojía.

Eran estos dos ramos de la ciencia en los cuales habia mucho que hacer.

El libro mas completo i popular que sobre ellos apareció en tiempo de la dominacion española fué el que el ex-jesuita chileno don Juan Ignacio Molina dió a luz en 1782.

Este autor se aprovechó de las observaciones practicadas ántes que él por algunos pocos botánicos, especialmente por el padre Luis Feuillée, que hizo un viaje a Chile i al Perú en los años de 1709 hasta 1712.

Philippi ha notado que Molina ha traducido literalmente las descripciones i observaciones de Feuillée, sin decirlo siempre espresamente, aunque se complace en reconocer la importancia de la obra de su antecesor.

Sin embargo, Molina ha sido considerado por mucho tiempo como el naturalista mejor instruido entre los que han enseñado la botánica i la zoolojía de Chile.

A esto debe el honor de que se le haya erijido una estatua de bronce en la Alameda de Santiago, i de que seis naturalistas tales como Bertero, Cavanilles, Ruiz i Pavon, Jusieu, Monch i Gay hayan dado a otras tantas plantas el nombre del jesuita chileno.

Miéntas tanto, muchas de sus descripciones son equivocadas, incompletas o incomprensibles.

La planta, por ejemplo, a que Bertero dió el nombre de Molina, es la bella palma chilena (*Molinaea Micrococos*) «casi desconocida de los naturalistas,» segun Philippi, que ha escrito sobre ella una memoria.

Molina fué sin duda el primero que habló de este árbol; pero la descripcion que hizo de él, aunque detallada, no es suficiente para clasificarle en el sistema botánico.

I el mencionado no es un ejemplo aislado de deficiencia o de error. Pueden citarse muchos en la obra de Molina.

Voi a hablar de otro, porque me permitirá llamar al mismo tiempo la atencion sobre una planta chilena mui curiosa.

Molina habla de una *albahaca*, cuyas hojas aparecen por la mañana cubiertas de pequeños globos salinos, duros i relucientes como el rocío, que los campesinos emplean en lugar de la sal comun, a la cual es superior por el sabor.

Ya el antiguo cronista Alonso de Ovalle habia aludido a esta planta, advirtiéndole que los indijenas la estimaban sobre manera porque producía «una sal mui sabrosa i regalada;» i que era especialísima del valle de Lampa.

El mismo autor presume que este prodijio es el que debió inducir a los escritores Juan Laet i Antonio de Herrera a suponer que habia en Chile plantas en cuyas hojas se conjelaba el rocío, convirtiéndose en azúcar o maná.

Ninguno de los botánicos posteriores a Molina habla de tan interesante fenómeno.

Philippi estaba curiosísimo por conocer una planta tan rara, que estaba cierto habia sido mal clasificada por Molina, porque los caracteres que le atribuía no correspondian a los del jénero *albahaca*, i porque sabia que jamas ningun botánico habia encontrado en nuestro pais una especie de este jénero que se produjera espontáneamente.

Al fin de varios años, tuvo la buena fortuna de que su hijo descu-

briese en el valle de Quilicura la planta singular a que habian aludido Ovalle i Molina, i que es conocida por los campesinos bajo el nombre de *yerba del salitre*.

Philippi se convenció de que efectivamente se formaban en esta planta globos de sal comun bastante pura; pero vió al punto que habia sido mal descrita i mal clasificada por Molina.

La *yerba del salitre* era la que don Claudio Gay, sin hacer ninguna alusion a su curiosa propiedad, ha dedicado al naturalista don Cárlos Bertero bajo el nombre de *frankenia bertereana*.

Philippi ha destinado tres notables trabajos al exámen de las obras de Feuillée i de Molina, que pueden considerarse los naturalistas primitivos de Chile.

Estos trabajos, presentados a la Universidad, llevan por títulos:

«Sobre las plantas chilenas descritas por el padre Feuillée.»

«Comentarios sobre las plantas chilenas descritas por el abate don Juan Ignacio Molina.»

«Comentarios críticos sobre los animales chilenos descritos por el abate Molina.»

Los trabajos de Feuillée i Molina fueron rectificadlos o considerablemente estendidos despues de la independendia por gran número de viajeros distinguidos, entre otros por Meyen, Darwin, Bertero, Pöppig, D'Orbigny, etc., etc.

Pero indisputablemente el que hizo progresar mas la botánica i la zoolojía de Chile fué don Claudio Gay, el cual permaneció para ello bastantes años en nuestro pais.

Philippi ha proclamado con entusiasmo el sobresaliente mérito de la obra de Gay. «Ningun pais de Sur América, ha escrito en una de sus memorias, puede gloriarse de poseer sobre su historia natural un trabajo parecido a la *Historia Física i Política de Chile* del señor don Claudio Gay. Nadie creerá que esta obra sea un catálogo completo de todas las especies de plantas i animales que la naturaleza creó en la vasta estension de la República; pues para obtener este resultado se necesitaria el trabajo de un gran número de naturalistas, continuado talvez durante siglos; pero presenta un cuadro bastante exacto de la flora i fauna chilenas, que comprende todos sus rasgos principales. Los naturalistas posteriores tendrán solo que completarlo i ampliarlo. El señor Gay ha abrazado, lo que es mui raro, todos los ramos de la historia natural; i ha sido talvez uno de los colectores mas infatigables que hubo jamas.»

Sin embargo, la obra monumental de Gay, como es fácil de pre-

sumir, deja mucho que desear a causa de lo vasto mismo de su plan.

Una carta de Mr. Leon Fairmaire, director de la Sociedad Entomológica de Francia, escrita en 13 de febrero de 1857, hace notar, verbigracia, que los trabajos relativos a los insectos de Chile de Solier i Blanchard, esto es, de los dos naturalistas que redactaron esta parte de la obra de Gay, no son suficientes para determinar sus caracteres; por lo ménos dan lugar a dudas o imponen una tarea mui penosa.

Philippi ha creído de su deber dedicarse con el mayor empeño, en la medida de sus fuerzas, a rectificar o completar la obra de Gay.

Son mui numerosas las memorias que ha dado a luz en Chile o en Alemania sobre diversos puntos de la historia natural de su nueva patria.

La opinion dominante entre los naturalistas es que cada comarca jeográfica es el centro de una creacion especial de plantas i de animales.

Los sostenedores de esta doctrina mencionan en su apoyo dos hechos mui notables que se observan en las islas distantes de los continentes, a saber: su estremada pobreza en especies botánicas, i el gran número de plantas peculiares que no se encuentran en otras partes.

Philippi, en una memoria «sobre la flora de Juan Fernandez,» presentada a la Universidad, ha manifestado que las islas de este nombre confirman la efectividad de los hechos mencionados.

Aunque sea mui interesante para la ciencia fijar cuáles son la flora i la fauna propias de cada rejion, es sumamente difícil determinarlo.

Desde luego, hai especies de plantas i de animales que se van estinguendo.

Molina refiere que los indijenas de Chile cultivaban, ántes de la llegada de los españoles, ademas del maiz, cuatro clases de cereales que llamaban magu, tuca, hueguen i cacilla.

Gay dice haber visto plantas de magu en el Sur.

Pero Philippi, por mas empeño que puso para encontrar alguna de las cuatro clases enumeradas, no ha podido hallar ninguna.

Esto le ha inducido a suponer que dichas cuatro plantas se han estinguido, o están prontas a estinguirse.

Molina asegura en su libro que la papa llamada oca se cultivaba en las comarcas meridionales de nuestro pais.

Pero ningun botánico moderno, ni Pöeppig ni Gay, ni Philippi hasta 1867, habian podido descubrir una planta de esta especie.

Philippi se inclinaba a colocarla entre aquellas que van desapareciendo, cuando don Francisco Fonck le envió en 1867 gran número de papas de oca cosechadas en Chiloé i Llanquihue.

Un caso mui particular de esta estincion de algunas plantas es uno que puede observarse en la isla de Juan Fernandez.

Se han encontrado en ella, i se encuentran todavía, trozos mas o menos largos de un palo oloroso, parecido al llamado sándalo, que es tan apreciado de los chinos i de los habitantes de la India Oriental.

Estos trozos están desparramados por la isla i se descubren aun en la cumbre de los peñascos.

Todos ellos estan desprovistos de cáscara, i muchos de ellos presentan huecos producidos por la broma, pero las dimensiones de estos huecos manifiestan que son la obra de un insecto de un tamaño que no tiene ninguno de los de su especie que se ha encontrado hasta ahora en aquella isla.

Jamas se ha visto en Juan Fernandez un tronco de sándalo metido en tierra, ni mucho ménos con corteza, ni mucho ménos todavía vivo o verde.

Este árbol tampoco existe en el continente americano, ni en las islas inmediatas.

Algunos pretenden que lo hai en las islas de Sunda; pero otros lo ponen en duda.

Philippi se inclina a creer que el palo de sándalo de Juan Fernandez es una muestra de un vegetal que ha sido ya borrado del catálogo de las plantas creadas por Dios.

Así como hai plantas indíjenas que desaparecen, existen otras exóticas que se incorporan en la flora de cada pais, llegando a propagarse por sí solas, i aun a reemplazar a las yerbas i árboles primitivos.

En Chile los ejemplos de estas plantas inmigradas que se han enseñoreado de nuestras tierras son mui numerosas.

Me bastará citar el yuyo, el rábano, el maltuerzo, la hualputa, el trébol, la visnaga, la cicuta, el cardo, el nilgüe, el clonqui, el vallico, la zizaña.

Las violetas i los botones de oro han llegado a ser silvestres.

Otro tanto sucede con las rosas.

Se ha encontrado el culantro en la cordillera de Chillan.

La mostaza negra ha llegado hasta el estéril Paposó, donde crece en tal abundancia, que hace ver amarilla una faja de la cordillera de la costa cuando se la mira desde el mar.

Philippi ha hallado el alfilerillo en el interior mismo del desierto de Atacama.

Pero el fenómeno mas admirable en clase de plantas inmigradas es el manzano, que al presente prospera silvestre en la provincia de Valdivia, formando bosques tan abundantes, que en el otoño los arroyos i los rios arrastran millones de manzanas hasta el mar.

Philippi ha contado ciento cincuenta especies de plantas europeas que se crián espontáneamente en Chile.

Superando las dos clases de dificultades mencionadas, Philippi el primero ha intentado formular en uno de sus mas interesantes escritos «una estadística de la flora chilena.»

Sé que tiene el pensamiento de perfeccionar este trabajo.

Don Rodolfo Amando Philippi ha contribuido al estudio de la naturaleza de Chile, no solo con las muchas memorias que ha dado a luz en nuestro pais i en Alemania, sino tambien con la organizacion del Museo Nacional de Santiago.

Don Claudio Gay fué el fundador de este establecimiento; pero cuando Philippi lo tomó bajo su direccion a fines de 1853, todo estaba por hacer.

Entónces, todas las colecciones cabian en una sola sala, en la cual se hallaban reunidos los objetos mas heterojéneos: pájaros, cuadrúpedos, ollas de los antiguos americanos, insectos, minerales, armas de los indios de la Oceanía, plantas desecadas, modelos de máquinas que habian obtenido privilejio esclusivo, etc., etc.

Muchos de aquellos objetos no habian sido clasificados, i muchos estaban sumamente estropeados.

Casi todas las muestras de historia natural eran exóticas; habia mui pocas nacionales.

El Museo parecia frances mas bien que chileno.

Philippi con una laboriosidad alemana se dedicó a organizar aquella especie de caos i a completar las colecciones, fijándose mui particularmente en reunir muestras de la naturaleza chilena.

Sus constantes esfuerzos han sido coronados por el resultado mas feliz.

Las colecciones del Museo no caben en el dia en varias salas.

Hai que mantener muchas encajonadas por falta de espacio.

Casi todas estan clasificadas.

Se han publicado ya catálogos razonados de varias de ellas, i se están componiendo otros.

Los viajeros intelijentes que han visitado el Museo Nacional han declarado que es el mejor de la América del Sur.

El señor Remy, uno de los colaboradores de la parte botánica de

la obra de Gay, visitó en 1857 este establecimiento, i ya entónces se manifestó admirado de las riquezas científicas que contenia.

Tal ha sido tambien la opinion que acaba de espresar el insigne jeólogo don Luis Agassiz.

—«Este es un tesoro que hace honor a Chile, dijo; pero es indispensable que sea colocado en un edificio conveniente.»

Philippi tiene todavía otro título mui señalado para la gratitud pública.

Es uno de los profesores mas distinguidos i entusiastas del Instituto Nacional i de la Universidad.

En 1866, ha publicado para sus alumnos unos «Elementos de historia natural,» que acaban de tener una segunda edicion; i en 1869, un «Curso de Farmacia.»

Todos estos trabajos han valido con justicia a Philippi una afectuosa estimacion de parte de los chilenos amantes de la ilustracion; i una gran reputacion entre los naturalistas de Europa i América, que se han apresurado a elejirle miembro de casi todas sus asociaciones; Philippi, si pagara tributo a la vanagloria, podria tapizar de diplomas su gabinete de estudio.

En el último tiempo ha experimentado sensibles desgracias domésticas. Perdió primero a su esposa; en seguida a su hijo menor, que murió de subteniente a consecuencia de las heridas que recibió en una de las batallas de la guerra entre Prusia i Francia; i despues, a la mujer de su hijo mayor.

Como era de esperarse, ha buscado el consuelo en un aumento de dedicacion al trabajo, el cual redundará en provecho de la ciencia i en bien de nuestro pais.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

---

## EL ANILLO DE POLICRATES (1)

---

(SCHILLER.)

Desde azotea elevada  
Que el sol pinta i embellece,  
A Sámos la subyugada,  
Polícrates satisfecho  
Contempla con regocijo  
«I todo esto me obedece  
»Los dioses feliz me han hecho!»  
Al rei del Egipto dijo.

«Te da el hado sus favores;  
»Los que fueran tus iguales,  
»Ya son hoi los servidores  
»De tu cetro poderoso.  
»Mas, a vengar tus rivales,  
»Aun uno a las armas vuela:  
»Nunca te diré dichoso  
»Si el ojo enemigo vela.»

I ántes de que él acabara,  
Se presenta un mensajero  
Que de Milet se enviara:  
«Señor, el incienso i mieles  
»Haz difundir placentero  
»I con el resplandor bello  
»De los alegres laureles  
»Ciñe el divino cabello.

«Murió tu enemigo, herido  
»Por una flecha, i me envia  
»Polidor, jefe cumplido,  
»Tan fausta nueva anunciando.»  
I de un saco que teñia  
La sangre, a mostrar empieza,  
A los dos horrorizando,  
La conocida cabeza.

---

(1) Esta traducción de la poesía del célebre poeta alemán fué leída, junto con la de los párrafos XXXIX a XLIII del libro III de Heródoto, de donde ella ha sido sacada, en una de las últimas sesiones tenidas por el "Círculo de amigos de las letras," hace algunos meses.

Adusto, el rei se retira:  
 «En tu suerte bondadosa  
 »No te fies tanto. Mira,»  
 Dice con acentos graves,  
 «Que, por la mar borrascosa,  
 »A merced de mil horrores,  
 »Flotan inciertas tus naves,  
 »Fácil presa a sus furores.

I aun ántes que esto dijera,  
 Clamoreo de alegría  
 Retumba por la ribera;  
 Con rico botin cargada,  
 Al patrio puerto volvia,  
 Del enemigo triunfante,  
 La hermosa i velera armada,  
 A una selva semejante.

El huésped dice, asombrado:  
 «La fortuna cariñosa,  
 »Tu ventura ha coronado;  
 »Pero teme su inconstancia.  
 »Ya, en la Creta belicosa,  
 »Los ejércitos se allegan  
 »I quizá, con arrogancia,  
 »A tus mismas playas llegan.»

I apénas esto pronuncia,  
 De los barcos numerosos,  
 La chusma su egreso anuncia,  
 Gritos de ¡victoria! dando:  
 «De los cretenses sañosos,  
 »Tragó la mar turbulenta  
 »El fiero i terrible bando;  
 »¡Ya no habrá guerra sangrienta!

Lo oye el huésped, con espanto;  
 «Te cuento entre los dichosos;  
 »Mas temo,» dice, «entretanto  
 »Por tí; pues siempre he temido  
 »De los dioses envidiosos  
 »I sé que en la tierra inquieta,  
 »A nadie fué concedido  
 »Gozar de dicha completa.

«Yo tambien, con alegría,  
 »Cuánta ambicion, qué deseo  
 »Bien cumplidos no veia!  
 »Un hijo tuve que amara  
 »Cual de mi amor solo fruto:  
 »¡Dios me lo quitó! lo veo  
 »Morir i, ai! así pagara  
 »A la suerte mi tributo!

«I pide, si guarecerte

»Quieres de mayores males,  
 »A los dioses concederte,  
 »Para tu dicha, dolores.  
 »Jamás he visto mortales  
 »A quienes los cielos dieran  
 »Continuamente favores,  
 »Que felices fenecieran.

«I si no oyen prez tan pura,  
 »Haz lo que aquí yo te indico:  
 »A la desgracia conjura;  
 »De todo lo que poseas  
 »Escoje lo que mas rico,  
 »Lo que tú mas adorable  
 »Para tí mismo creas  
 »I échalo al mar insondable.»

I él replica ya con miedo:  
 «En todo lo que domino  
 »Nada, amar tanto yo puedo  
 »Como este anillo. Ferviente,  
 »A las Furias lo destino  
 »Para que vean sin ira  
 «Mi prosperidad creciente»  
 I al mar, el anillo tira.

Al alba del otro día,  
 Un pescador se presenta,  
 Haciendo al rei cortesía  
 Con semejante saludo:  
 «He aquí un pez que no se cuenta  
 »Que, en estos mares, se hallara:  
 »No recibireis sañudo,  
 »Rei, en don, pieza tan rara.»

I cuando el pez dividiera  
 El cocinero, pasmado  
 Se viene a toda carrera,  
 Repitiendo jubiloso:  
 «Dentro del pez he hallado  
 »Esa esmeralda esquisita  
 »Que usabas, rei poderoso.  
 »Oh! tu dicha es infinita!»  
 I aterrado, el huésped dice:  
 «¡Ya no puedes ser mi amigo!  
 »¡Me alejo de aquí! infelice,  
 »Los dioses quieren tu ruina!  
 »Para no morir contigo,»  
 »¡Pronto es preciso alejarse!»  
 Diciendo así, se encamina  
 Al bajel, para embarcarse.

Octubre de 1852

MANUEL A. MÁTTA.

---

## LA ESTATUA DE O'HIGGINS

---

El pueblo acaba de hacer justicia a uno de sus héroes erijiendo en su honor una grande i valiosa estatua. El señor intendente, por su parte, con aquella actividad infatigable que todos le conocemos, no ha omitido paso alguno para el lucimiento i solemnidad de la fiesta en la inauguracion del monumento.

Pero no es nuestra intencion ocuparnos de esa fiesta; ya los decretos de la intendencia i las crónicas de los diarios han hablado bastante sobre ella. Hemos tomado la pluma con un objeto mui diverso: analizar el mérito artístico de la estatua, haciendo en el curso de este artículo cuantas reflexiones nos ha sugerido su estudio.

I hé aquí, desde luego, las dos cuestiones fundamentales que se ofrecen a la observacion de todo el que quiera tomarse el trabajo de pensar i darse una cuenta exacta de sus impresiones:

El momento representado en la estatua ¿es bastante, es siquiera oportuno para caracterizar al héroe a quien se dedica?

I dando por acertada la eleccion de ese momento, ¿hasta qué punto la ejecucion artística satisface las exigencias de la buena escultura?

La primera cuestion es puramente filosófica, la segunda es cuestion de arte.

Un valiente soldado saltando por sobre escombros i el cadáver de uno de sus enemigos, ¿qué idea puede suministrarnos sobre el carácter del personaje allí representado, cuando ese personaje ántes que un soldado ha sido un jeneral i un dictador? Ni lo uno ni lo otro se imaginaria un individuo estraño a nuestra historia en presencia del monumento; i aunque se lo dijeran, podria seguir creyendo con justicia que la primera virtud de O'Higgins habia sido el valor personal, el que, no por ser una virtud, deja de ser una virtud vulgar i de segundo orden.

La única manera cómo puede el arte caracterizar a un personaje es por la insistencia en su virtud o en su pasión dominantes. Así es como ha caracterizado Virjilio al piadoso Enéas, así caracterizan Molière a Tartufo, Goethe a Fausto, i Balzac al avaro Grandet. El Júpiter Olímpico del Vaticano no sería tan admirado sin su imponente majestad, ni el Moisés de Miguel Anjel sin su inspirada enerjía.

Ahora bien, para hacer sobresalir esa pasión o virtud, ese rasgo culminante que constituye el carácter de un individuo, el escritor tiene la libertad de hablar de todas sus virtudes, vicios i pasiones, debiendo solo recalcar en aquello que constituye la orijinalidad, o mejor dicho la personalidad del sujeto en cuestión, aquello que hace de él un ser aparte.

Pero el artista no tiene esa ventaja: para él no hai mas que una sola acción i un solo instante. La elección de ese momento, que muchas veces no será un momento de la historia sino un momento o situación alegórica, debe ser, pues, el objeto de una seria meditación para el artista, porque esta será la mayor parte en el buen éxito o en el fracaso de su obra.

Luego, estas reglas de lójica jenerales sufren aun cierta modificación cuando se refieren a la estatuaria o pintura monumentales. En este caso, en efecto, no solo está obligado el artista a caracterizar netamente a su personaje, sino todavía a sublimarlo, porque la estatua es una especie de panejirico, casi una apoteosis.

La salida de Rancagua, en este sentido, es un absurdo. Primero, porque la salida de Rancagua es una derrota, aunque sea una derrota gloriosa; i despues, porque allí no se nos presenta O'Higgins mas que como un soldado ardoroso que, desafiando la muerte, se abre paso al traves de la metralla.

I un jeneral de ejército no es esto: un jeneral representa en una batalla el pensamiento, del que los soldados son la acción, el instrumento. Por esto el O'Higgins de la estatua no es un jeneral; i por eso la estatua, en lugar de ensalzarlo, lo deprime i hace su crítica en lugar de su apoteosis.

\*  
\* \*

Estudiando ahora las conveniencias artísticas, no es mas aceptable en este segundo terreno la acción violenta, exajerada del grupo ecuestre.

M. Guizot, en su estudio sobre las semejanzas i diferencias de la

estatuaria i de la pintura, desarrolla con una claridad i una lójica admirables las leyes que separan i gobiernan las dos artes. Tanto de la observacion de las obras maestras como de los recursos i procedimientos de una i otra, concluye el ilustre escritor que el dominio natural de la escultura es la *situacion*, i la *accion* el de la pintura.

El pintor, que tiene a su disposicion todos los colores de la naturaleza, que hace moverse a sus personajes sobre un fondo que completa la escena, que, gracias a la perspectiva, puede acercar o alejar los objetos a voluntad, etc., no es estraño que intente representar al hombre de accion, i el movimiento que han sabido dar a sus figuras ha sido a veces la causa de la reputacion de algunos artistas. Pero el escultor que, para modelar su pensamiento, solo posee un trozo de mármol o de bronce suficiente apénas para abrazar un grupo de tres o cuatro figuras, de color uniforme, sin la vida que dan al rostro las pupilas, sin mas fondo que el cielo, los árboles o los edificios que circuyan el monumento, i obligado todavía a guardar las leyes del equilibrio para la solidez de su obra: el escultor, decimos, no puede por la razon misma de los elementos de que dispone lanzarse impunemente en la representacion del movimiento, mucho ménos del movimiento impetuoso i rápido: el estatuario debe, por eso, preferir una situacion o una accion tranquila.

Tranquila es la bella estatua de Marco Aurelio, la mas famosa de las estatuas ecuestres, i tranquila tambien la mas célebre de nuestro siglo, la de Federico el Grande por Rauch.

Tanto por los ricos i durables materiales que emplea, como por su destino, que es el ornamento de las ciudades i la representacion de los dioses i de los héroes, la escultura es el arte mas noble, i esta es una razon mas para que huya los movimientos exajerados, pues la verdadera grandeza es siempre sencilla, majestuosa i apacible. Las impresiones que debe producir la estatuaria no son las impresiones violentas, sino las impresiones profundas i duraderas.

La estatua de O'Higgins, que contraría todas las leyes, es pues, no una obra mediocre, sino una obra inaceptable, porque, falsa bajo el punto de vista filosófico, hiere como concepcion artística todas las reglas del buen gusto i las mas sanas condiciones del arte.

\*  
\*  
\*

No llamaremos la atencion del lector sobre el mal gusto i la falta de jenerosidad que existe en representar a un enemigo vencido bajo

las patas del caballo del vencedor: esta es una observacion que no puede escaparse al ménos entendido.

Pero, sí, nos detendremos en criticar la ausencia de toda sencillez, en las líneas jenerales de la composicion. Esta es una condicion indispensable en toda obra monumental: sin la sencillez, la claridad es imposible: mui difíciles la majestad i la grandeza.

Otra consecuencia de la ausencia de sencillez en las líneas jenerales es la falta de puntos de vista para el monumento que analizamos. El aspecto que ofrece a un espectador colocado al frente de la estatua es el de una masa de bronce indescifrable: mirada por la espalda i por el costado derecho, no presenta vistas mucho mas satisfactorias. Hablando con propiedad, el monumento solo tiene un punto favorable de observacion, i este es el lado sur de la Alameda, único desde el cual puede distinguirse claramente la cara i la accion del héroe.

Todas estos defectos, sin embargo, no nos cansaremos de repetirlo, son una consecuencia lójica, e inevitable del programa dado al escultor. Aunque M. Carrière Belleusse hubiera hecho prodijios, no habria podido obtener jamas un resultado satisfactorio. Lo que no acertamos a comprender por nuestra parte, es cómo un artista de su reputacion pudo aceptar semejantes bases. Esa aceptacion inconsiderada le impuso a M. Carrière Belleusse el insoportable deber de cincelar esa boca abierta del jeneral, que ha asombrado a todas las jentes de gusto i que grita con tanta fuerza la imbecilidad del programa i la desdolorosa complacencia del artista.

Por lo que llevamos escrito podria creerse que nosotros no encontramos nada de recomendable en el monumento de O'Higgins; pero nos apresuramos a decir que no es esta nuestra opinion.

Tomando el monumento por trozos i examinándolos uno a uno, es imposible desconocer la habilidad de la mano del que ha sabido ejecutarlos. Si en el jinete es reprochable la actitud convencional del brazo izquierdo, el movimiento jeneral de la figura es verdadero aunque pobre de nobleza. El caballo, sobre todo, es digno del mayor elogio por la violencia e impetuosidad del movimiento, cualidad mucho mas apreciable por las dificultades que presenta su ejecucion.

En presencia de estas bellezas que atestiguan la habilidad i fuerza del escultor, debe sentirse mucho mas lo inacertado del programa, porque allí se vé que no ha sido por culpa del artista, sino por culpa del proyecto por lo que no tenemos ahora una buena estatua.

\*  
\*  
\*

No queremos concluir sin explicar la causa lójica, enteramente natural, del mal éxito del monumento de O'Higgins.

Cuando se trata de atender a un enfermo, lo que a cualquiera se le ocurre i lo que todos hacemos es llamar a un médico o reunir una junta. Pero si es un pleito el que tenemos, ya no nos acordamos de los médicos, sino que nos dirigimos a un abogado; del mismo modo que consultamos a un agricultor o a un comerciante, si son agrícolas o comerciales las dificultades que se nos suscitan.

Este modo de proceder, de acuerdo con las reglas mas evidentes del buen sentido, ¿por qué no ha de aplicarse al arte como a otra cosa cualquiera? ¿Por qué en materia de pintura i estatuaria ha de despreciarse el juicio de los hombres especiales? ¿Por qué, cuando se trata de una obra de esta naturaleza, no se ha de consultar para nada a los hombres de la profesion?

Así sucede, sin embargo, i hé aquí los funestos resultados.

Por un error inesplicable, la mayor parte de los hombres se creen con derecho a juzgar como maestros en arte i literatura. Para distinguir ciertos tejidos de las falsificaciones que de ellos se hacen, dice Gustavo Planche, se requiere a veces un exámen escrupuloso hecho por los individuos que cultivan esta industria; para distinguir un Albano de un Rafael o un buen cuadro de una falsificacion, no se juzga necesario, apesar de eso, dirigirse a un artista o a un conocedor, como si las producciones de una esfera mas elevada pudieran estar al alcance de los que no comprenden las de una esfera tan vulgar.

En vano los desengaños se suceden diariamente. Ayer se vende en diez pesos en Valparaiso una marina orijinal del célebre Sthanfield; mañana se dan mil pesos por un Murillo o un Lorena falsos; hace un mes decia alguien al salir del Teatro, despues de la representacion del Hamlet: «buena la representacion, pero la pieza es insoportable»; otro agregaba que la Paladini habia hecho mui bien la Ofelia, pero que Rossi no comprendia su papel.

Pero, a pesar de esto, la multitud no quiere abrir los ojos, i estamos seguros de que el entusiasta autor del programa, aun despues de haber visto los resultados de su omnisciencia, no pensaria mañana en consultar a un artista si volviera a verse en igual caso. Pero, por nuestra parte, no nos cansaremos de repetirlo: cuando se trata de una obra de arte, es necesario, es indispensable consultar a los hombres de la profesion o a los intelijentes en ella: i si vuelve a nom-

brarse alguna comision para un trabajo de esta especie, pediremos que se agregue a ella un artista, si las autoridades no lo hacen.

\*  
\* \*

Una última palabra.

Para cualquier artista europeo, la admision de una obra como la estatua de O'Higgins no será nunca mas que un negocio; i las verdaderas obras de arte no han emanado jamas de una especulacion comercial.

Por esto desde que tenemos un escultor nacional, el señor Plaza, creemos que en adelante no deberian ejecutarse esta especie de trabajos sino dentro del pais. Un chileno puede tener el entusiasmo i la conviccion que necesita todo artista para producir algo grande, al mismo tiempo que tiene una responsabilidad que no puede afectar a un extranjero.

Mayo de 1872.

PEDRO LIRA.

---

---

# MIS MUJERES

---

## MUJER NÚM. 1

### LA LENGUA DE MI MUJER

(LETRILLA)

Un día, Dios me perdone,  
Quise llamarme marido,  
I dije mui decidido:  
Dios mis deseos corone.  
Yo sé bien que Dios dispone,  
Muchas veces sin saber  
Del cristiano el parecer;  
Mas no fué en esta ocasion,  
Yo no sé porque razon  
*Pues tuve al cabo mujer.*

Mujer! es decir, demonio,  
Porque al fin tener esposa  
No viene a ser otra cosa  
Aunque pese a San Antonio.  
Los que quieren matrimonio  
Están locos a mi ver,  
Pues no quieren comprender,  
Que es mucho mas racional  
El colgarse de un nogal,  
*Que el tener una mujer.*

Para mi mayor lamento,  
Mi mujer es habladora  
I está siempre la traidora  
Hablando que es un contento.  
Ella se cree un portento,  
Dá en todo su parecer;  
Mas como ella llegue a oler  
Que álguien de su charla rie,

No charla sino que frie  
*La lengua de mi mujer.*

Ah! qué lengua! Dios eterno!  
 Que lengua, señores míos!  
 Dá a cualquiera calofrios  
 Aquella boca de infierno.  
 En vano amoroso i tierno  
 Yo la quiero reprender,  
 Que no hai humano poder  
 Que la haga tranquila estar  
 Si principia a vomitar  
*Desatinos mi mujer.*

Bruto, me llama la necia;  
 I si contesto a la indina,  
 Se mete en su *crinolina*  
 I la tempestad arrecia.  
 Dice ella que me desprecia  
 I que *ciervo* me ha de hacer,  
 I al fin tengo que ceder  
 Pues con tal pronunciacion  
 Me taladra el corazon  
*La lengua de mi mujer.*

No hai cosa en que no se meta;  
 No hai asunto que no trate  
 Ni solemne disparate  
 Que no diga la indiscreta.  
 ¿Ni quién su lengua sujeta?.....  
 Si ella principia a morder  
 I se empeña en distraer  
 A una modesta vecina,  
 Ai!..... entónces asesina  
*La lengua de mi mujer.*

«Mira, mónstruo», me decia,  
 En estos dias pasados:  
 «Mis derechos son sagrados  
 «I es en vano tu porfia.  
 «Si yo ántes te obedecia,  
 «Desde hoi te haré conocer  
 «Que ya no quiero ceder,  
 «Que no soi una chiquilla  
 «I que..... no es mala cuchilla  
 «*La lengua de una mujer.*»

I yo me callo obediente;  
 Contradecirle no quiero,  
 Porque si ella habla, me muero;  
 Perezco de un accidente.  
 ¡Es mujer mui insolente!  
 Si cual suele acontecer  
 Alguien su honra está al perder,

Yo ya no pregunto nada.....  
 Le ha dado alguna estocada  
 Con su lengua mi mujer.

Yo a nadie le tengo miedo,  
 I con un buque blindado  
 Arremeteria airado  
 Sin que se me diera un bledo.  
 Mas ¡ai! me falta el denuedo  
 Si me las tengo que haber  
 Con ese atroz Lucifer,  
 I me pongo a tiritar  
 Si se principia a ajitar  
 La lengua de mi mujer.

I basta de reflexiones;  
 No venga ella, por mi mengua,  
 I contra su aguda lengua  
 No me valgan los calzones.  
 Tengo a veces tentaciones  
 De matarla, por placer,.....  
 Si tal llega a suceder  
 Si ella traga el rejalgar  
 I yo me vuelvo a casar,  
 Muda ha de ser mi mujer.

ADOLFO VALDERRAMA.

---

# LA JIGANTOLOJIA

## CONFERENCIA EN LA ESCUELA DE ARTESANOS

(1869)

### II

Los gigantes cayeron en descrédito; pero los recalcitrantes, con las manos en los bolsillos i fumando indolentemente su cachimba, declararon *ex-cathedra* que aquellos eran restos de los elefantes con que Aníbal atravesó los Alpes para caer sobre Roma. No sé si alguno prefirió que fueran de los de Pirro.

El número asombroso de elefantes fósiles que se han hallado desde Irlanda hasta Grecia, desde Rusia hasta España, en Africa, en Asia i en América, basta para responder a aquellos homéricos desdeñosos.

Pero los que proclaman la decadencia del hombre no se han dejado estar. Sostienen, por ejemplo, que los romanos eran de una raza superior a la actual raza europea, tanto física como moralmente.

No obstante, segun Charles Richard, nuestra especie léjos de haber dejenerado no ha hecho mas que crecer i embellecerse.

Este escritor entra en un estudio comparativo entre el soldado romano i el francés, para llegar a las siguientes conclusiones:

Los hombres de mayor talla de las lejiones romanas debian tener 1 m. 72 c., miéntras que en Francia se exige como minimum 1 m. 70 c. para los artilleros, 1 m. 73 para los coraceros i 1 m. 76 para los carabineros.

La edad de los soldados romanos se comprendía entre 17 a 46 años, que aceptada en Francia daría un ejército de 700,000 hombres ca-

paces de figurar entre los *granaderos* lejonarios. Como la poblacion del imperio de los Césares debe computarse en el doble de la francesa, puede decirse que la Francia comparativamente presentaria un ejército de hombres como los mas crecidos lejonarios, cinco veces superior al ejército romano permanente, que era de 300,000 soldados.

Esto en cuanto a la talla, aun cuando contado por un francés.

Despues de prolijos cálculos, el autor citado asienta que los soldados romanos llevaban en campaña un peso de 15 kilogramos, mientras que el francés soporta el doble de ese peso.

Un amigo mio, que ha visitado los museos de Europa, me hablaba con admiracion de la ponderosa armadura de Francisco I de Francia, que, segun él, ningun hombre de nuestros dias seria capaz de llevar. No hablo de escepciones, como lo fué Milon de Crotona o el godo Maximino, emperador de Roma, «vencedor de mil gladiadores,» o los brutales *campeones* boxeadores con que se enorgullece la Inglaterra. Tampoco hablo de esos prodijios del ejercicio muscular, que hacen que los herreros tengan notablemente mas largo i mas grueso el brazo con que manejan el martillo.

Lo único que digo es, que Francisco I seria tan galan como atlético, i que bien pocos hombres de su tiempo le igualarian.

Por otra parte, puede tanto la ilusion que no se debe hablar de cosas comparables sin la medida en la mano.

Cuando se abria uno de los tuneles del camino de hierro entre esta ciudad i Valparaiso, un ingeniero inglés hizo traer cuatro formidables trabajadores, elejidos entre los cíclopes de las minas de Cornwallis. Estos debian enseñar a nuestros mineros holgazanes. El ingeniero hacia comparaciones i se gozaba de antemano en el partido que iba a sacar, avergonzando con las futuras proezas de sus compatriotas a los pobres *huasos*, que así se estimularian i trabajarian mas i mejor. Llegó la hora de la prueba: los terribles horadores de montañas trabajaban cinco horas diarias con combos de 25 libras de peso, i consumian ron! Los avergonzados mineros de Chile, sin hacer gasto de ron, trabajaban todos, hasta 9 horas al dia, con combos de 32 libras!

Si mi memoria no me es infiel creo que esto así lo cuenta don Benjamin Vicuña Mackenna en un curioso artículo que lleva por título «La República Carrilana.»

Hé aquí los peligros de comparar ántes de medir i pesar.

A veces ni la opinion de varios testigos basta.

Dice Lubbock que de los 15 primeros navegantes que franquearon el estrecho abierto al mundo por Magallanes no ménos de nueve exajeran la talla jigantesca de nuestros *patagones*. Yo he visto algu-

nos de estos indios, i recuerdo especialmente el que trajo, no ha muchos años, el gobernador Schytte. Era en efecto alto, membrudo i bien formado; pero, a pesar de todo, es necesario desconfiar de esas muestras escojidas. Sin embargo, la raza patagona abunda en hombres corpulentos, i en esto lo que hai de curioso es que, por regla jeneral, tanto los animales como los vejetales decrecen del ecuador al polo, miéntras que en Chile hai una inversion de esta regla. En los terrenos en que vaga el patagon, a pesar de la avanzada latitud austral, la vejetacion es mas robusta, lozana i abundante que en nuestras provincias del norte vecinas del trópico, i los hombres mas desarrollados i fornidos.

Creo que no faltaria algun buen patagon capaz de llevar la armadura de Francisco I, que tanto preocupa a mi amigo viajero, si se aviniera a cambiar la piel de huanaco por el coselete de acero, i el arco i los *laques* por la tizona i la daga, por mas que tales piezas fuesen cinceladas por el mismo Benvenuto.

La jigantolójia de los pueblos no solo se reduce a los titanes i cíclopes griegos, a los esclavos de la lámpara maravillosa de los cuentos persas, a los jefes colosales de las tradiciones rabínicas, i a los jayanes de los poemas caballerescos, que siempre ponian en un breque a los mas esforzados paladines.

Las entrañas de la tierra i los mares tambien tienen su jigantolójia.

No me refiero al colosal Mamouth de los hielos de Siberia, ni a los enormes ictiosauros i plesiosauros de los mares silurianos, ni al pesado megatherio de las Pampas Arjentinias, de que ya os he hablado en otra ocasion.

Al lado de estos seres reales que en otras edades han pisado la tierra, la fantasía popular ha creado otros habitantes de las entrañas del planeta. Los alemanes han poblado el mundo subterráneo de fantásticas creaciones, i así al lado de sus poéticas Willis, mujeres bellísimas pero pérfidas que atraen hácia el lago donde habitan al incauto pasajero, bien pueden figurar Nickel i Cobolt, que recorrian las ocultas vetas i filones marcándolos con estraños dibujos, jeroglíficos que talvez envuelven un significado misterioso que al minero importaria descubrir.

El mar, aparte del Kraken, oríjen de lúgubres leyendas, de los pulpos colosales, que estrechaban al buque entre sus brazos armados de ventosas i lo arrastraban a los abismos del fondo, i ademas, de los jénios guardadores de los mares desconocidos, como el fantasma del Cabo Africano que describió Camoens, todavía con sus maravillas da

oríjen a ciertas preocupaciones profundamente arraigadas en los marinos de nuestros días. Hai muchos que aun creen en las serpientes de mar: que juran haber divisado sus enormes cabezas i sus cuerpos de mas de cien metros de largo. En efecto, las han visto; pero si hubieran tenido valor bastante para acercarse al monstruo, tambien jurarian que la serpiente se habia trasformado en un alga de colosales dimensiones, arrancada a la vejetacion submarina. Otras veces son cadenas de bíforos, pequeñísimos seres que entrelazados en perfecto orden se estienden como cintas fosforescentes que ocupan hasta 30 millas. ¡Qué enorme serpiente flameante!

Hasta aquí habeis visto que el hombre no ha dejenerado, como algunos pretenden, ni en tamaño ni en fuerza muscular. Ni en belleza agregaré, para completar este rápido bosquejo del progreso físico de la humanidad.

Ahora mi tarea se simplifica, pues se reduce a traducir las bellas palabras de Richard, a quien ya he citado.

Dice el antiguo alumno de la Escuela Politécnica:

«En cuanto a la belleza del rostro, a la gracia de la fisonomía, a ese conjunto que constituye la estética del cuerpo, el mejoramiento es sensible, como puede fácilmente comprobarse.

Basta echar una ojeada sobre los tipos que las medallas i estatuas antiguas nos han trasmitido intactos a través de los siglos.

Entre varias otras, la iconografía de Visconti i el museo del conde Claral son dos fuentes en donde es fácil beber los elementos variados de tan interesante estudio.

Lo que desde luego sorprende en este conjunto de figuras es la rudeza de los rasgos, la bestialidad de la espresion, la crueldad de las miradas. Se siente, con involuntario estremecimiento, que se está en presencia de jentes mui capaces de destrozarnos sin piedad para alimentar sus murenas con nuestra carne, como lo hacia Pollion, rico gloton de Roma i familiar de Augusto.

El primer Bruto, Lucio Junio, aquel que hizo decapitar a sus dos hijos en su presencia, se asemeja a una bestia feroz. Su perfil siniestro tiene algo del águila i del buho, de lo que esos carniceros del aire tienen de mas repelente. Imposible dudar, al verle, que no haya merecido el vergonzoso honor que la historia le discierne. Si mató a sus dos hijos, seguramente que por igual motivo hubiera degollado a su madre.

El segundo Bruto, Mario, que apuñaleó a César su padre adoptivo, precisamente cuando éste confiaba mas en su reconocimiento i su amor, tiene toda la fisonomía de un nécio fanático. Carece aun de

esa belleza siniestra que el artista descubre a veces en la energía audaz que empuja al crimen.

Ciceron, el brillante orador, el escritor profundo i espiritual, que tan hondo recuerdo ha dejado en el mundo, tiene una cara chata i vulgar, que contribuiria a que fuese ménos grato verle que escucharle.

Julio César, el grande, el incomparable triunfador, el héroe de las matanzas, que ha hecho su entrada en el reino de las sombras con un cortejo de dos millones de almas, es tan feo como su predecesor; pero feo de otra especie. Su cara enjuta i huesosa, suspendida sobre un cuello largo i adornada de pómulos salientes, mas parece la de un descamisado del foro que la de un gran guerrero.

Galba, Vespasiano, Nerva, Caracalla, Alejandro Severo, Balbino, no solamente son feos sino espantosos.»

Rara es la figura de aquellas colecciones que pueda mirarse con ojo simpático, como las de Escipion el Africano i de Pompeyo. Las mujeres no escapan mejor de esta revista: Agripina espanta, i Mesalina, de una vulgar obesidad, «parece mas aficionada a la buena sopa que a cualquier otra cosa.»

Una vez terminada esta conferencia, podré presentaros los rostros bien poco agraciados de algunas emperatrices romanas i otras mujeres célebres del imperio, desde Lucrecia hasta Julia, hija de Augusto; desde Popea, mujer de Neron, hasta Helena, mujer de Constantino. Si se admira la fisonomía dura i varonil de Platina, esposa de Trajano, que bien podia tomarse por la de un jóven caballero crecido en los campos de batalla, no ménos admiracion causa contemplar el rostro de la seductora Cleopatra, tan vulgar para el gusto moderno, cuanto fué celebrado en otro tiempo.

Los griegos fueron mas favorecidos por la diosa de la hermosura: Temístocles i Milcíades eran unos *buenos mozos*; no así Alcibíades, tan audaz i tan feliz en lances amorosos como no es de creerlo en vista de su poco agraciada estampa.

Sea como fuere, ello es que segun Richard «la fisonomía jeneral de la especie se ha mejorado de una manera sensible» i que «los mas bellos rostros de la antigüedad son inferiores a los que podemos admirar diariamente en nuestras reuniones públicas.» Las Vénus i las Dianas ideales del arte griego, para solaz de los admiradores de lo antiguo, pasean por nuestras calles, i sin contar que hai nuevos tipos mas conformes al gusto moderno.

Pero, el gusto varia tanto de individuo a individuo, de pueblo a pueblo, de época a época, que casi no puede cuestionarse sobre la be-

lleza física de esta o de aquella raza, sino bajo puntos de vista muy relativos.

El sentimiento estético del hombre varia con los años: cuando niño pudo hallar hermoso lo que halla horrible i monstruoso cuando hombre, i que talvez en la ancianidad no encuentra del todo feo. El salvaje del pueblo niño no encuentra bello lo que admira el hombre civilizado del pueblo adulto. Bellas para el salvaje son las orejas que cuelgan hasta los hombros, la nariz achatada, el rostro pintado i desfigurado por los dibujos con que se tatúan. La Vénus hotentota por cierto que no es la Vénus de Milo: la primera negra rolliza, de nariz aplastada, de labios abultados, con motas de lana en vez de fina i ondeante cabellera es la suprema belleza para el negro africano. La Vénus Griega no se le parece: talvez la halle detestable! Nosotros mismos ¡no nos reimos de las modas pasadas que solo ayer encontrábamos tan bellas i graciosas!

El gusto resulta no solo de la organizacion de cada cual, sino de su educacion i de la costumbre.

En resumen, podemos decir que los gigantes son creaciones fabulosas; que el hombre no ha retrocedido, ni en estatura, ni en fuerza i vigor, i que hai motivos para creer que ni en la hermosura de nuestra raza hai decadencia, al ménos segun el bello ideal de esta época.

En otra conferencia trataré de haceros ver que, por el contrario, contra todas las resistencias, el progreso siempre triunfa; que el hombre cada dia es mas fuerte, mas sabio i mas virtuoso, es decir, que la humanidad avanza física, intelectual i moralmente.

EDUARDO DE LA BARRA.

---

## VENECIA

---

### XII

Al día siguiente, Lord Cadurcis fué a Cherbury para ir acompañado de sus dos amigas a ver al doctor. Miéntras caminaban—¿Ud. no ha olvidado nuestra última visita a Marringhurst? preguntaba Lord Cadurcis a Venecia.

—No he olvidado nada, contestó la jóven, sonriendo suavemente. No sé lo que es olvidar; i viendo al Doctor Masham, añadió: Quisiera saber con quién va a confundir a Lord Cadurcis.

—¿No tienen Udes. ningun amigo con quien pueda a la distancia confundirme? preguntó el Lord en un tono de afectado descuido, aunque hacia la pregunta con verdadera ansiedad.

—Todo está como Ud. lo dejó, le contestó Lady Annabel.

—Feliz Cherbury, dijo el Lord, ¡ojalá que nunca cambies!

Miéntras hablaban llegaron a Marringhurst. El Doctor saludó a Lady Annabel i a Venecia con su cordialidad acostumbrada i luego se quedó mirando a su compañero como si aguardara que lo presentasen.

—Ud. ha olvidado a su antiguo amigo, mi querido Doctor, dijo Cadurcis.

—¡Lord Cadurcis! exclamó el Doctor Masham.

I así, poco a poco los viejos amigos se fueron encontrando, recuerdos perdidos renacieron, afectos ya olvidados ajitaron de nuevo el corazón. Todo en torno de Cadurcis reflejaba aquel pasado que mirado al traves de la distancia le parecia tan dulce i tan hermoso.

Lady Annabel no se cansaba de encomiarlo, el Doctor lo miraba con admiracion i Venecia era de nuevo su antigua compañera.

Siempre volvian la vista hácia otros tiempos para recordarlos con

cariño. I hablando de ellos un dia al lado de la fuente:—Mucho me gustó ver que Ud. al encontrarnos se sintió conmovido, le decia Venecia. Eso me parece que hablaba en favor de su corazon, en que siempre he creido tenia cariño para con nosotros.

—¿Cariño? ¡Oh! Venecia, esa palabra pinta mal lo que mi corazon ha sentido siempre por Udes. ¡Venecia! Mi querida, mi dulce Venecia, no puedo yo espresar, no puede Ud. adivinar qué ardiente, qué profunda, qué intensamente yo—yo—la amo!

—Estoi segura que siempre nos hemos querido, Plantagenet.

—Sí, pero no con este amor, no como yo la amo ahora!

Venecia tembló.—Creia, le dijo, que no podíamos amarnos mas. Como un hermano siempre lo he amado.

—No soi su hermano, Venecia; no quiero que Ud. me ame como un hermano, i sin embargo, si Ud. no me ama.....

—¿Qué quiere Ud. entónces? preguntó Venecia con sencillez.

—Quiero..... que nos casemos.

—¡Casarnos! exclamó Venecia. ¡Casarme con Ud., Plantagenet? Yo siempre lo he creido a Ud. mi hermano; cuando lo encontré despues de una separacion tan larga, cariñoso como en otros dias i mas cariñoso todavía, estuve tan contenta; estaba tan segura de que Ud. me queria; me parecia tener el hermano mas cariñoso del mundo. No hablemos de otro amor que haria desgraciada a mi mamá.

—Creo por el contrario, respondió Lord Cadurcis, que su mamá no miraria con ese desagrado nuestra union.

—Plantagenet, le contestó Venecia en un tono mui afectuoso, yo lo quiero mucho i si Ud. me ama no hablemos mas de este asunto por ahora. Ud. me ha sorprendido. Hai pensamientos, sentimientos, consideraciones que deben ser respetadas i que influyen mucho sobre mí. ¡Vamos! Plantagenet, no se ponga tan triste. Mañana; hasta mañana solamente. Nos encontraremos. Hablaremos sobre todo esto; pero ahora por un momento olvidémoslo, si se puede olvidar algo tan singular. ¡Vamos! ríase.

I él se rió. Esta escena no mortificó a Lord Cadurcis que vió en ella solamente las espresiones de una naturaleza pura i la timidez de un alma vírjen, lo que aumentaba el valor de aquel tesoro adorado.

Al dia siguiente, llegando Lord Cadurcis, vió a Venecia que lo aguardaba en el terrado. Estaba sola. Siempre era amable, pero esa mañana lo fué mas. Nunca le habia parecido mas esquisitamente bella; quizás su semblante estaba mas pálido que de costumbre. Habia cierta suavidad en su mirada siempre tan brillante.

—Creía que Ud. vendría temprano, le observó ella i por eso me he levantado a encontrarlo. Mi querido Plantagenet, anoche le dije que quería hablarle ahora; anoche estaba tan sorprendida que no podía decirle lo que pensaba.

—Mi querida Venecia!

—Espero que siempre me querrá lo mismo, sería mui desgraciada si Ud. no me quisiera; mas desgraciada que lo que he sido estos últimos dos años, i lo he sido mucho, mucho, Plantagenet.

—Desgraciada! Venecia. Mi Venecia desgraciada!

—Escúcheme! No lloraré. Puedo dominar mis sentimientos; es mui triste, pero he aprendido a hacerlo.

—Ud. me sorprende Venecia.

Ella suspirando continuó:—Ud. ha estado ausente cinco años, Plantagenet. Cinco años es mucho tiempo i mucho cambio. Ud. me dejó niña i me encuentra mujer—i mujer desgraciada!

—¡Dios mio! Venecia ¿qué dice Ud.?

—Hai un ala de nuestra casa cerrada. Con frecuencia hablamos de ella. He penetrado allí i desde entónces no sé lo que es la felicidad.

Lord Cadurcis se puso pálido.

—Plantagenet.....¡yo tengo un padre!

—Lo sabia, le contestó él con una voz ronca.

—Lo sabia! exclamó Venecia asombrada. ¿Quién le reveló el secreto?

—No es un secreto i ¡ojalá que lo fuera!

—Ojalá que lo fuera! Plantagenet: qué palabras tan estrañas me dice Ud. I si no es un secreto ¿por qué me lo ocultan? Plantagenet querido, buen Plantagenet mi hermano!—mire, me arrodillo delante de Ud.; Venecia se arrodilla a sus piés! su Venecia—la Venecia que Ud. ama! Ah! si Ud. supiera el peso que oprime mi espíritu i lo inclina hácia la tumba que miro casi como una bendicion, Ud. me hablaria; Ud. me lo diria todo.—He suspirado, he aguardado, he rogado por encontrar alguien que me hablara de mi padre, que hubiera oido hablar de él, que lo conociera. Ese ha sido el único pensamiento de mi vida, el único objeto de mi existencia. I ahora, viene Plantagenet, mi hermano! mi hermano! i él lo sabe todo i me lo va a decir todo, todo!

—¿Por qué no le habla Ud. a su madre?

—Me lo han prohibido; formalmente prohibido. Si hablo me dicen que voi a destrozar su corazon i por eso... se está destrozando el mio.

—¿I el Doctor Masham?

—Le he preguntado; me dice que vive i despues sacude la cabeza.

—Ud. no ha visto nunca a su padre, no piense en él.

—¡No piense en él! exclamó Venecia con una extraordinaria energía. I entónces ¿para qué vivo? Todo el objeto de mi vida es verlo. Lo he visto una vez. He visto su sombra ¡qué sombra tan gloriosa, tan inmortal! Si los dioses vinieran a la tierra, se parecerian a mi padre!

—Pero sus hechos no son divinos, observó lord Cadurcis con amargura.

—No es cierto! dijo Venecia, sus ojos chispeantes como el fuego, sus formas dilatadas por el entusiasmo, apartándose involuntariamente de su compañero.

—Ud. lo niega! exclamó asombrado. ¿I qué sabe Ud. de él? Me alegro que no haya leído sus obras; en cuanto a su conducta, su madre es una prueba de su honor, su jenerosidad i su virtud.

—Mi madre! dijo Venecia con una voz suave; i sin embargo, él amaba a mi madre.

—Fué su víctima, como lo han sido mil otras.

—No debe haberlo comprendido, yo he sentido el ardor de su pasión. Yo he leído las alabanzas de su belleza; yo me he arrobado con la música de sus emociones cuando por primera vez fué padre. Sí, él me ha mirado, aunque no haya sido mas que un instante, él me ha mirado con amor! Sobre mí ha derramado las bendiciones de un padre! Esas formas aereas han oprimido sus labios sobre los míos i me han estrechado con pasión. I ¿podré yo creer en su deshonra? Hai alguien que pueda persuadirme que él no tiene corazón? Nó, yo lo amo, yo lo adoro, yo soi suya con todas las enerjías de mi ser. Vivo solamente porque él vive i si muriera le pediria a Dios que me llevara a ese mundo en que no es justo que se separe un hijo de su padre.

Cadurcis miraba esa Menade bella e inspirada, con sus ojos que lanzaban un fuego sobrenatural, con la desconfianza en los párpados húmedos i la emocion en sus labios temblorosos. Aquella niña no era pues ajena a las pasiones poderosas; podia amar i amar con efervescencia, con pasión, con entusiasmo. ¿Por qué las emociones de esa alma tumultuosa no eran despertadas por él? —Con él era calma imperturbable: lo llamaba hermano: lo trataba como un niño. Pero un cuadro, una sombra fantástica, podia despertar en su alma tempestuosa un sentimiento que la trasformara por completo i cambiara el color de todas sus esperanzas. Cadurcis, profundamente preocupado en contra de ese padre, ahora lo aborrecia.

—Ud. me ha traído aquí, le dijo, para escuchar algo que me intere-

sa o me ha traído Ud. solamente para hacerme saber que tiene un padre i que lo adora a él o a su retrato?

—Lo he traído, le contestó Venecia en un tono suave i mirando al suelo, para darle las gracias por su amor i decirle que amo a otro.

—Amo a otro! exclamó Cadurcis en un tono sarcástico. Lo mejor que puede hacer su madre es encerrarla en el cuarto en que está ese retrato que ha producido efectos tan prodijiosos. Oh! Venecia, Ud. está loca. ¿Qué quiere decir que no se casa conmigo porque ama a otro? I Ud. misma confiesa que ese otro es su padre. Amelo tanto como quiera; pero ¿eso le impide amar a su marido?

—Plantagenet! Ud. es mui duro i mui cruel con su Venecia. Le repito que todo mi corazon es de mi padre. Yo no puedo amarlo a Ud. como un marido debe ser amado. Yo solo puedo pensar, solo puedo vivir para mi padre.

—La felicito por su padre, señorita Herbert!

—Me parece que yo debo tener orgullo de ser su hija, aunque..... solamente me parece. Pero, sea cual fuere la opinion que Ud. tenga de mi padre, le suplico recuerde que le está hablando a su hija.

—Manifestaré mi opinion respecto de su padre sin ninguna reserva en cualquier parte que me encuentre; completamente convencido que no distará mucho de la opinion de su madre.

—I yo le diré, señor, que sea cual fuere esa opinion, en nada influirá sobre mis propósitos. Yo no quiero, yo no puedo casarme a no ser con un hombre a quien pudiera mirar con respeto i aun con admiracion. Debiera ser a lo ménos un hombre, un grande hombre, cuya fama hubiera resonado en el mundo; quizás como mi padre, un jénio i un poeta.

—Un jénio i un poeta! exclamó Lord Cadurcis con pasion. ¿Son estas espresiones las que pueden usarse cuando se habla del hombre mas depravado de nuestros tiempos?—Un hombre cuyo nombre es sinónimo de infamia, cuya sangre corrompida Ud. sentirá algun dia; que ha violado todos los lazos i burlado todos los principios que mantienen la sociedad—cuya vida es una muestra de lo que pueden producir sus doctrinas vergonzosas; que es al mismo tiempo traidor a su rei i apóstata a su Dios!

La curiosidad, dominando la indignacion, habian permitido que Venecia se quedara escuchándolo. Pero al oir estas últimas palabras sin responderle, se alejó desesperada.

Cadurcis, clavado al suelo, la miró alejarse. Levantando su brazo i mirando al cielo, exclamó: La ilusion se ha desvanecido! Adios Cherbury!—Adios Cadurcis! Un teatro mas vasto me espera. He sido

mucho tiempo esclavo de dulces afectos—ahora los arranco de mi pecho para siempre!—Mujer! en adelante serás mi juguete. No tengo sentimiento sino para mí mismo.... No sé lo que haré, pero sé que el mundo resonará con mi nombre, que seré un hombre i un grande hombre!

## XIII

Desde la partida de Lord Cadurcis la salud de Venecia principió visiblemente a declinar. Lady Annabel veia aumentarse la languidez de nuestra heroina, cuyos ojos cada dia se apagaban mas i mas; ya no le gustaban ni el sol, ni el aire del jardin i con demasiada frecuencia reclinada en su sillón pasaba horas enteras; su carácter, tan dulce en otro tiempo se hizo reservado, si no completamente sombrío. Este cambio llenó de inquietud a su cariñosa madre. Inútilmente manifestaba ésta la convicción de que su hija estaba enferma: Venecia persistia en negarlo. Su antiguo médico, consultado sobre el caso, recomendó un cambio de temperamento i el Doctor Masham apoyaba este modo de pensar porque creia que el cambio de aire traeria consigo un cambio de vida.

El Doctor Masham tenia razon i para formar su juicio se apoyaba en el conocimiento de las causas que produjeron la enfermedad, que ignoraba por completo el viejo médico. Nos reimos con frecuencia de los errores de los médicos; pero si tuviéramos bastante fuerza de ánimo para ir mas allá de una media confianza, cuando los consultamos, seríamos curados con mas prontitud i seguridad. Cuantas veces, miéntras el desgraciado discípulo de Esculapio estudia perplejo el estado de nuestro cuerpo, proyectaríamos una luz viva sobre sus oscuros trabajos con solo detallarle el estado de nuestro espíritu!

El resultado de estas consultas fué la final resolución de abandonar a Cherbury. El aire del mar se recomendaba especialmente i esto unido al deseo de evitar la sociedad, las decidió a visitar Weymouth, entónces lugarejo de baños mui pequeño i retirado. Allí pronto volvieron el color a las mejillas de Venecia i la risa a sus lábios; las brisas del oeste i la influencia del Océano, lenta, pero seguramente, completaron su restauracion. Hacia ya un año que habitaban aquel lugar apartado i tranquilo cuando una revolucion vino a cambiar completamente su aspecto: ese año la Corte lo habia elejido para su estacion de verano. El nombre célebre, el aspecto distinguido i los hábitos de retiro de Lady Annabel i su hija, las hicieron el objeto del interés jeneral. De vez en cuando alguien las encontraba en sus paseos por la orilla del mar o por los arenales i esto daba orijen a descripciones románticas sobre la dignidad de la madre i la belleza de la hija. Des-

de el momento que Lady Annabel se convenció que Weymouth habia sido elejido para la residencia real, resolvió retirarse de allí i, con esa rapidez de ejecucion que le era peculiar, inmediatamente se puso en marcha. En cierto modo el pesar de abandonar aquel lugarcito que tan felizmente habia realizado sus esperanzas, fué mitigado por el inesperado encuentro de una villa marina, pocas millas mas al norte.

Este verano el Dr. Masham vino a visitarlas i a veces rompiendo su retiro iba a Weymouth a leer los diarios o pasar una hora de charla amena i lijera. Un gran dignatario de la Iglesia, que acompañaba al rei i que conocia al Dr. Masham, no solo por su reputacion, le habló alsoberano sobre nuestro viejo amigo. Aquel soberano, que gustaba tanto de la sociedad de los teólogos, pidió que se lo presentasen i fué tan favorable la impresion que le hizo el vicario de Marringhurst que desde ese momento el rei no quiso separarse de él. Pronto aquel soberano arrancó al Doctor el secreto de Lady Annabel, que inútilmente se empeñaba en ocultarle. I cuando supo el rei que la esposa abandonada i la hija de Herbert, se habian alejado de Weymouth a su llegada, obedeciendo a un sentimiento de delicada lealtad, él se resolvió a hacerles personalmente una manifestacion de aprecio. Al dia siguiente, acompañado de su rei, fué a la villa.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

## REVISTA DE LA QUINCENA

*Santiago, mayo 31 de 1872.*

Como de costumbre, la quincena que acaba de trascurrir se parece a todas las quincenas anteriores. Ninguna noticia de importancia i ningun acontecimiento nuevo que puedan despertar la curiosidad del público. La estacion, que es un invierno con soles de verano i un verano con mañanas de invierno, está en una armonía perfecta con la época vaga, nebulosa e indecisa que atravesamos. No teniendo nada de qué hablar, nada qué temer i nada qué esperar, viviríamos en una siesta eterna si el intendente de Santiago i el intendente de Valparaiso, el uno a fuerza de galantes circulares i el otro gracias a una irritante terquedad, no continuaran ocupando la atencion de sus provincias respectivas i a veces la del pais enteró.

El gobierno no existe o por lo ménos no da señales de existencia. Chile estaria tranquilo como una taza de leche i silencioso como el valle de las sombras si no fuera por esos dos reyes de la edilidad que quieren levantar la antigua cloaca de Valparaiso a la altura de los olfatos modernos i convertir las polvaredas i lodazales de Santiago en una ciudad digna de su riqueza i su poblacion.

Al observar la conducta de ambos funcionarios, se comprende que en la práctica de la vida no siempre la línea recta es la mas corta para realizar un propósito cualquiera. El señor Echáurren i el señor Vicuña parten del mismo punto, la autoridad, i se dirijen a un mismo fin, el progreso del municipio; pero si son idénticos su punto de término i su punto de partida, sus procedimientos son esencialmente contrarios. El uno cierra los ojos, i embiste; el otro abre los labios, i saluda. Aquél ordena, i saca muchas miserables; éste acaricia, i obtiene cuantiosas donaciones. El uno irrita haciendo reir; el otro hace reir haciendo dar. El primero es amor por fuerza; el último es fuerza por amor.

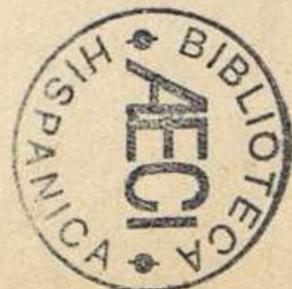
De aquí las resistencias enojosas con que tropieza el uno, i las presurosas complacencias que al otro le facilitan el camino. El señor Echáurren lo invade todo, a todos amenaza, a todos hostiliza, a todos desespera. El señor Vicuña ha hecho solamente una invasion, una invasion en las columnas de los diarios, i aun ésta forma numerosos agradecidos porque con gran contentamiento de los cronistas ha llegado a ser la crónica casi exclusiva de la capital. El señor Vicuña obra sin agentes de policía, sin arrugados entrecejos, sin mas que sus epístolas cortesmente calculadas para despertar aquí una voluntad que se halla bien dispuesta, allá una inteligencia provechosa, mas allá una jactanciosa vanidad.

El primer triunfo del señor Vicuña fué magnífico. La inauguracion de la estatua de O'Higgins se verificó con una majestuosa solemnidad. El señor Estrada pronunció un discurso en que brillaba la rica imaginacion de los que han oido el blando murmurar del rio de la Plata. Contra los temores de la jeneralidad, el señor Vicuña fué de un laconismo en él inverosímil; i el señor Altamirano, para conservar la tradicion de los trabajos oficiales, leyó una pieza en que si faltaban la elevacion i la hermosura, habia mas de una teoría profundamente injustificable en la boca de un hombre de Estado. Para la intendencia aquel dia fué magnífico; pero como sucede con todas las glorias de este mundo, al siguiente no quedaba mas que el prosaico espectáculo de los maderos desnudos i de los agujeros en que se habian colocado los postes que sostuvieron el dosel. Quedaba otra cosa todavía: la idea de que el dinero allí invertido en frívolas ceremonias pudo emplearse con mas provecho en auxilio de las clases menesterosas diezadas por la viruela, i la vista de un monumento que está mui léjos de ser la espresion del sentimiento artístico de nuestro público.

Va en vía de realizarse el gran proyecto de la pequeña esplanada en el cerro de Santa Lucia. No se ha podido habilitar un lazareto con trescientas camas para las víctimas de la epidemia; pero en pocos dias i con poco trabajo se han reunido veinte o mas miles de pesos para la formacion de un paseo de media cuadra de superficie en donde habrá juegos de agua, umbrosas avenidas, restauradores elegantes, sofás para los individuos, departamentos para los coches i faro de luz eléctrica. Si en esa media cuadra vamos a caber todos los que a ella pensamos ir, el valle de Josafat podrá contener a todos los que han habitado en este mundo, i aquello de *como tres en un zapato* perderá toda su significacion.

Acabamos de hablar de la viruela; pero la viruela no acaba de ejercitar su accion devastadora sobre los arrabales de la poblacion. La epidemia se habia anunciado con largos meses de anterioridad. Habia recorrido todo el norte i se habia detenido con preferencia en San Felipe i en Santa Rosa, a donde el gobierno se vió en la necesidad de enviar a un intelijente i laborioso facultativo. Los diarios tuvieron un cuidado especialísimo de seguir su marcha paso a paso, en la esperanza de que se tomaran las precauciones del caso para acojerla dignamente cuando llegara a esta ciudad. La autoridad administrativa i las corporaciones científicas la vieron venir i, cruzadas de brazos, dejaron que sus miasmas se esparcieran en los suburbios hasta que en los pésimos lazaretos existentes subiera la mortalidad a la enorme cifra del 55 por ciento que en estos últimos dias ha venido a sembrar la mas justa de las alarmas en el seno de las familias i en el espíritu del público. Ello habla mucho en favor de aquellas corporaciones i de aquellas autoridades.

El debate sobre la libertad de enseñanza, que paulatinamente ha venido convirtiéndose en debate sobre la libertad de profesiones, ha continuado ocupando la atencion de la comision especial de la Cámara de Diputados. Como lo decíamos en nuestra revista anterior, las dos escuelas estremas insisten en pedir la abolicion de los títulos oficiales. La una se vé impulsada por la lójica de los principios que se olvida de los tropiezos de la práctica; la otra busca en estos mismos tropiezos un elemento de fortuna para su ardiente i peligrosa propaganda. Aceptada la libertad de profesiones, como nos lo observaba el honorable señor Matta, miembro de la comision, todos podríamos abrazar por nuestra autoridad propia la profesion eclesiástica, vestir el traje sacerdotal i hacer acto de sacerdocio. El falsificador no podría ser conminado por el obispo con penas corporales, i las autoridades laicas no podrian intervenir. No habria los delitos especiales que hoi conserva la reglamentacion de profesiones, i todo, acciones e individuos, pasaria a la jurisdiccion comun.



Hé ahí consecuencias que no admite el clero militante, infatigable adalid de la libertad, i que exigen imperiosamente aquellos a quienes una lójica tan inflexible como impracticable ha hecho partidarios de esa misma libertad. Es que dominan en los primeros los intereses del sectario i es que los últimos se olvidan de las condiciones especiales en que entre nosotros se han desarrollado los estudios. Hace diez años, se creía que el ingeniero no necesitaba tener conocimientos de literatura ni de historia patria. Hace treinta, la química se estudiaba por un testo del padre Guzman en que el tiempo  $\frac{1}{2}$  media por la duracion de un *Padre nuestro*. Hemos estudiado historia romana en un volúmen en que representaban gran papel la Ninfa Ejeria i el *In hoc signo* de Constantino. El latin se enseña todavía durante seis años i al cabo de seis años los alumnos retiran sin saber dar en latin las buenas noches. En el curso de humanidades solo ayer se establecieron las ciencias naturales. En la historia jeneral todo ha sido fechas, nombres propios i nombres jeográficos que hacian de este ramo el mas inútil de la enseñanza. En derecho positivo, ningun libro que sirva de prólogo al estudio de la lejislacion. En derecho natural, un testo verdaderamente increíble. En derecho romano, las sutilezas mas pueriles del escolaticismo mas añejo. En economía, el empirismo mas absurdo. En práctica, la mas absoluta deficiencia..... I con antecedentes de este jénero, establezcamos de un repente la libertad profesional. Como nos lo decia el señor Matta, esta suspirada libertad seria únicamente el monopolio de la ignorancia.

I ya que hablamos del estado de las ciencias, pasemos a los progresos que fuera de las aulas hacen los espíritus. En la semana actual fuimos invitados por un jóven intelijente i laborioso a los ensayos de su primera obra dramática, el *Honor de una mujer*, representada últimamente en el teatro de Variedades. Allí, anticipándonos a los del público, tuvimos el placer de hacerle oír nuestros aplausos, en union con los de don Santiago Estrada, don Justo Arteaga Alemparte, don Augusto Orrego i un pequeño círculo de literatos, de críticos i aficionados. El nuevo autor, don Víctor Torres, que se halla hoi bajo la voluptuosa influencia de un primer triunfo, ha sabido elejir un buen momento de la vida familiar. Una jóven que ama a su madre i que ama a un jóven, se enlaza con un tercero para salvar la situacion afflictiva de su hogar. El matrimonio es un dia de fiesta para el semblante i una tarde de luto para el corazon. El marido oye suspiros, divisa lágrimas, siente sollozos, i se desespera. Ella adora al que no es su dueño, pero la honra del que lo es permanece intacta. Las apariencias la acusan. Su primer amor la injuria. El que le dió su nombre la condena. Hai allí una hermosa situacion: una mujer anonadada, una madre aflijida, un amante desengañado, un marido en desesperacion. La injuria mata el primer amor; la hidalguía despierta el segundo que es el último. El marido ama i condena. La mujer se arrastra con la humildad de la súplica amorosa, i se alza con la noble enerjía de la inocencia. El abandono está próximo, la inocencia se descubre, el marido cae de rodillas, la mujer se levanta loca. Hai allí una excelente situacion dramática, un desenlace inesperado, un diálogo rápido, sostenido, converjente siempre a la solucion final, un regular conocimiento de los efectos i resortes teatrales, todo esto a veces oscurecido por cierta precipitacion de escenas en que una observacion poco atenta cree descubrir alguna inverosimilitud. Es el primer paso. El primer paso es un salto cuando no es una caida. Preferimos a la caida el salto. Torres no puede quejarse del éxito. Nos proponemos hacer de su trabajo un estudio mas lento i detenido. Aquí, donde nos falta el espacio, nos limitamos a decir que el *Honor de una mujer* es la primera obra dramática digna de este nombre que se haya escrito en nuestro pais.

Mañana abre sus puertas otro teatro. Principia la última sesion de la actual lejislatura. Está llamada a resolver problemas importantes, i seria doloroso que perdiera su escaso tiempo en pequeñas escaramuzas de partido. Hasta aquí, bien poco se sabe de las soluciones que se esperan. Si ha habido conciliábulos, ellos no han dado un resultado definitivo. Las fracciones del gobierno se han puesto de acuerdo solo sobre un punto: el nombramiento de presidente i vice para la Cámara de Diputados. Ocupará el sillón don Belisario Prats i estará a su izquierda don Nicomedes Ossa. No habrá pues bajo los terciopelos de la Cámara ni la elocuencia de la palabra ni la elevacion de la intelijencia: hai derecho para exigir la rectitud de la conducta.

FANOR VELASCO.